

ISSN: 1665-0875

GEOCALLI

Cuadernos de Geografía

Tendencias
y cambios
recientes en la
Red Urbana
Argentina

Año 13, Núm. 26

Tendencias y cambios recientes en la Red Urbana Argentina

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



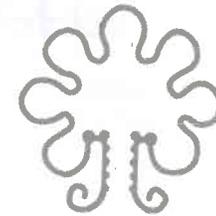
Año 13, Núm. 26
julio-diciembre de 2012



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
División de Estudios Históricos y Humanos
Departamento de Geografía y Ordenación Territorial



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de
Ciencias Sociales y Humanidades
División de Estudios Históricos y Humanos
Departamento de Geografía
y Ordenación Territorial



GEOCALLI

CUADERNOS DE GEOGRAFÍA



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
CENTRO UNIVERSITARIO
DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DIVISIÓN DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Y HUMANOS
DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA
Y ORDENACIÓN TERRITORIAL

TENDENCIAS Y CAMBIOS RECIENTES
EN LA RED URBANA ARGENTINA

julio-diciembre de 2012
Año 13, Núm. 26

Geocalli, Cuadernos de Geografía, año 13, núm. 26, julio-diciembre de 2012, es una publicación semestral editada por la Universidad de Guadalajara a través del Departamento de Geografía y Ordenación Territorial, de la División de Estudios Históricos y Humanos del CUCSH. Avenida de los Maestros, puerta 3, Edificio N, Colonia Alcalde Barranquitas, C.P. 44260. Guadalajara, Jalisco, México. Teléfonos: (33) 38193381 y 38193386.

<http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/ppperiod/geocalli/index.htm>, revista.geocalli@csh.udg.mx, Editoras responsables: Lucía González Torrerros y Mercedes Arabela Chong Muñoz. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo 04-2011-100311310400-102, ISSN: 1665-0875, otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor. Impresa por Prometeo Editores, S.A. de C.V., Libertad 1457, Colonia Americana, C.P. 44160, Guadalajara, Jalisco, México, este número se terminó de imprimir el 28 de diciembre de 2012, con un tiraje de 500 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

LATINDEX-Catálogo (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, El Caribe, España y Portugal). Consultar: <http://www.latindex.unam.mx>



GEOCALLI

DIRECTORIO
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

RECTOR GENERAL
Dr. Marco Antonio Cortés Guardado

VICE RECTOR
Dr. Miguel Ángel Navarro Navarro

SECRETARIO GENERAL
Mtro. José Alfredo Peña Ramos

CENTRO UNIVERSITARIO DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES

RECTOR DEL CENTRO
Mtro. Pablo Arredondo Ramírez

SECRETARIO ACADÉMICO
Dr. José María Nava Preciado

SECRETARIO ADMINISTRATIVO
Mtro. Luis Gustavo Padilla Montes

DIRECTORA DE LA DIVISIÓN DE
ESTUDIOS HISTÓRICOS Y HUMANOS
Dra. Lilia V. Oliver Sánchez

JEFE DEL DEPARTAMENTO DE
GEOGRAFÍA Y ORDENACIÓN
TERRITORIAL
Dr. Hirineo Martínez Barragán

JEFE DE LA EDITORIAL
Lic. Luis Edmundo Camacho Vergara

GEOCALLI

DIRECTORAS

Dra. Lucía González Torreros

Mtra. Mercedes Arabela Chong Muñoz



EDITORES

Mtra. Rosalba Castañeda Castro

Mtro. José Hildelgado Gómez Sención

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Luis Felipe Cabrales Barajas

Universidad de Guadalajara, México.

Dr. Julio Muñoz Jiménez

Universidad Complutense de Madrid,
España

Dr. Miguel Ángel Troitiño Vinuesa

Universidad Complutense de Madrid,
España

Dr. Luis Delgado Argote

CICESE, Ensenada, México

Dr. Luis Chías Becerril

Instituto de Geografía, UNAM, México

Dr. Omar Moncada Maya

Instituto de Geografía, UNAM, México

Dr. Ángel Massiris Cabeza

Universidad Pedagógica y Tecnológica de
Colombia

Dr. David Robinson

Syracuse University, USA



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	9
Acerca del autor	11
Tendencias y cambios recientes en la red urbana argentina: su análisis empírico a la luz de la teoría de Milton Santos	13
INTRODUCCIÓN	15
1. Espacio cotidiano y ciudad: definición y categorías de análisis de lo urbano	18
2. Formación y desenvolvimiento histórico de la red urbana argentina (siglo XV-1991)	27
3. El sistema urbano argentino: su metamorfosis en el periodo contemporáneo (1991-2001)	42
Conclusiones	123
BIBLIOGRAFÍA	129
INFORMACIÓN PARA COLABORADORES	139

PRESENTACIÓN

El caso que exponemos en esta ocasión, trata de un tema de suma importancia pues abona un tratamiento reflexivo, no sólo estadístico, sobre los factores que influyen en la conformación de las metrópolis. El ejemplo lo ha puesto sobre la mesa Sebastián Gómez Lende apoyándose en un pilar teórico metodológico fundamental: las aportaciones de Milton Santos, las relaciones *función, forma y estructura*, mismas que se acompañan por Silveira, para aportar un parámetro analítico sobre la *influencia de la globalización en la configuración urbana*.

De esta manera, el número 26 de **Geocalli. Cuadernos de Geografía** ofrece una lectura que se inspira en los cambios y tendencias que ofrece la red urbana argentina, destaca las dificultades del fenómeno urbano por su difícil demarcación, análisis e interpretación, demostrando que es todo un reto indagar exhaustivamente acerca de los recientes cambios o metamorfosis suscitadas a raíz de las transformaciones sociales, económicas y políticas derivadas de la llegada del medio técnico-científico-informacional. Es, por lo tanto, una lectura extrapolable a numerosas urbes a nivel mundial.

Las ciudades latinoamericanas, y en este caso particular, argentinas, son consideradas como puntos de intersección entre verticalidades y horizontalidades y, cuando son analizadas en sus aspectos formales, funcionales, jerárquicos o estructurales, permiten reconocer algunas situaciones opuestas: puntos dinámicos y letárgicos, áreas luminosas y opacas, y espacios racio-

nales e irracionales, hechos resultantes de un mismo proceso de desarrollo desigual y combinado presente en todo el territorio.

De esta manera el autor resalta ciertas características de la red urbana argentina: un perfil macrocefálico, concentración demográfica, superposición de vectores dinámicos, gigantismo de los principales nodos de la red y una influencia sumamente determinante del comando técnico y político detentado por la metrópoli nacional.

Tal como podría suceder en otras metrópolis, la urbanización argentina, ahora bajo una oleada modernizadora e influida por una reforma financiera, se desprende de la influencia de la industrialización; ello ha venido a fragmentar al espacio nacional y, conforme las diversas ciudades se adaptan o resisten al nuevo paradigma, abren paso a nuevas concentraciones urbanas, nuevos procesos y nuevas familias de ciudades.

Las directoras

Guadalajara, Jalisco, diciembre de 2012

ACERCA DEL AUTOR

Sebastián Gómez Lende (Tandil, Provincia de Buenos Aires, 1980).

Es técnico en SIG y licenciado en geografía (Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires en Tandil, Argentina). Ha obtenido el título de doctor en Geografía por la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca (Argentina). Actualmente se desempeña como profesor en la misma institución educativa. Es Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET Argentina) e Investigador del Centro de Investigaciones Geográficas de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (Tandil, Provincia de Buenos Aires, Argentina).

Ha publicado más de 30 artículos en revistas especializadas en el fenómeno urbano en Argentina, Brasil, Venezuela, España, México, Colombia y Chile. También ha participado con 11 capítulos de libros y en la elaboración, en coautoría, de un libro. La línea de trabajo: Teoría de la Geografía desigualdades regionales, circuitos productivos, sistema urbano, y Geografía económica y rural.

Correo electrónico: gomezlende@yahoo.com.ar

**TENDENCIAS Y CAMBIOS RECIENTES EN LA RED
URBANA ARGENTINA:
SU ANÁLISIS EMPÍRICO A LA LUZ DE LA TEORÍA DE
MILTON SANTOS**

SEBASTIÁN GÓMEZ LENDE

Resumen

El propósito de este trabajo consiste, básicamente, en indagar exhaustivamente acerca de los recientes cambios o metamorfosis operadas en el seno del sistema urbano argentino, naturalmente derivadas de las transformaciones sociales, económicas y políticas introducidas en el país a partir de la empirización del medio técnico-científico-informacional como nuevo periodo histórico y nuevo modelo hegemónico de modernización. Son las categorías de análisis propuestas por Milton Santos (forma, función, estructura y proceso) -como método para entender el espacio geográfico y como vías heurísticas de aproximación al fenómeno urbano- las que permitirán identificar las nuevas tendencias verificadas en la configuración, estructuración y reproducción del sistema urbano nacional durante el periodo intercensal 1991-2001. Si bien las ciudades son siempre puntos de intersección entre verticalidades y horizontalidades, ese sistema de ideas hará posible obtener un retrato del territorio en el que sobresalgan sus puntos luminosos y sus áreas letárgicas.

Palabras clave: Sistema urbano; medio técnico-científico-informacional; áreas luminosas y letárgicas.

Abstract

The purpose of this paper consists, basically, in thoroughly inquiring about the recent changes or metamorphosis operated in the Argentinean urban system's heart, naturally derived from the social, economic and policy transformations introduced in the country by the technician-scientific-informational medium's functionalization as new historical period and new hegemonical modernization's pattern. They are, certainly, the analysis categories proposed by Milton Santos (forms, functions, structures and process) -as method to understand the geographical space and as heuristic roads of approach to the urban phenomenon- those that will allow you to identify the new tendencies verified as for configuration, structuring and reproduction of the national urban system during the 1991-2001 intercensus period. Although the cities are, always, intersection points between uprightness and horizontalities, that system of ideas will make possible to obtain a territory's portrait in which stand out their luminous points and their lethargic areas.

Key words: urban system; technician-scientific-informational medium; luminous and lethargic areas.

Introducción

El fenómeno urbano es a menudo, una cuestión de difícil análisis e interpretación, ofreciendo, inclusive, numerosos y variados obstáculos a su identificación empírica; el debate acerca de la ciudad, su singularidad o especificidad, las variables que diferencian a lo urbano de lo no urbano, si bien actualmente resulta mucho más esclarecedor de lo que lo fue en el pasado, está aún lejos de ser absolutamente resuelto.

No obstante esos escollos, el propósito de este trabajo consiste, básicamente, en indagar exhaustivamente acerca de los recientes cambios o metamorfosis operadas en el seno de la red urbana argentina, naturalmente derivadas de las transformaciones sociales, económicas y políticas introducidas en el país a partir de la empirización del medio técnico-científico-informacional como nuevo período histórico y también, como nuevo modelo hegemónico o dominante de modernización. Superar, cuando menos, complementar y enriquecer los clásicos enfoques neopositivistas de abordaje de la urbanización argentina se erige, para quien esto escribe, en una imperiosa necesidad; de ahí el refugio en un sistema de ideas coherente respecto del paradigma actual en el que se desenvuelve la geografía latinoamericana.

En una de sus primeras obras y en el contexto de la urbanización brasileña, Milton Santos propuso algunas categorías de análisis útiles y apropiadas para arrojar luz, tanto desde el punto de vista teórico-metodológico como empírico, sobre el

fenómeno urbano. Esas categorías: forma, función, estructura y proceso, serían por otra parte, posteriormente extrapoladas al análisis del espacio geográfico, sentando cimiento germinal o embrionario sobre el que más tarde se asentaría y perfeccionaría uno de los sistemas de ideas y caminos de métodos más ricos de la disciplina.

Son justamente esas categorías y las variables a ellas asociadas las que, entendidas como vías heurísticas de aproximación al fenómeno urbano, serán esenciales para ensayar el estudio empírico del sistema urbano nacional, permitiendo cumplimentar adecuadamente el objetivo del presente trabajo a partir de la identificación de las nuevas tendencias verificadas en cuanto a la configuración y estructuración de la citada red durante el último periodo intercensal (1991-2001).

Si bien, de acuerdo a la teoría aquí utilizada, las ciudades son siempre puntos de intersección entre verticalidades y horizontalidades, la operacionalización de ese sistema de ideas permitirá ofrecer un retrato del territorio poblado, por un lado, de puntos luminosos y por otro, de áreas opacas o letárgicas, rasgos del movimiento o desarrollo desigual y combinado del país como totalidad. Y es apuntando en tal dirección, que el trabajo ha sido estructurado en distintas secciones: se presenta en primera instancia, un sintético soporte teórico, metodológico y conceptual en el que se exponen brevemente algunas ideas-clave; sobresalen entre ellas: las nociones de espacio geográfico, cotidiano o acontecer –con sus diversas manifestaciones (jerárquico, homólogo y complementario)–,

verticalidades y horizontalidades, racionalidad e irracionalidad, geografía luminosa y opaca, así como también una discusión acerca de la naturaleza de lo urbano, orientada sobre todo, a explicar las vinculaciones, aspectos e influencias recíprocas tejidas entre la ciudad propiamente dicha y la red urbana en su conjunto en cuanto a sus formas demográficas, funciones económicas y jerarquías políticas, todas ellas íntimamente ligadas con la estructura del proceso de urbanización.

En seguida, se desarrolla un breve resumen del proceso histórico de formación y desenvolvimiento del sistema urbano argentino, desde la conquista española hasta la década de 1980, imprescindible para obtener insumos empíricos a los cuales recurrir para obtener un marco comparativo de referencia que permita analizar las actuales condiciones de reproducción de la red. A continuación se aborda pormenorizadamente el verdadero núcleo del trabajo, destinado a dar cuenta de la metamorfosis de las ciudades argentinas durante los últimos años del siglo XX a partir de:

- a) La definición teórica del medio técnico-científico-informacional y el análisis de las especificidades del caso argentino, siempre atento a las transformaciones sociales, económicas y políticas suscitadas en el país desde la implantación de las lógicas propias del periodo que contextualizan a las nuevas tendencias urbanas;
- b) La somera descripción, a modo de primera aproximación general al sistema urbano, de sus formas, elucidando

datos generales como los niveles nacional y provinciales de urbanización y las relaciones de primacía o macrocefalia;

- c) El exhaustivo estudio de los procesos de metropolización y desmetropolización de la red, indisolublemente ligados no sólo a las formas, sino también a las funciones económicas, así como la jerarquía política del sistema, responsable del mayor o menor dinamismo de las ciudades;
- d) El abordaje, mediado por los conceptos de generación y familia de ciudades, de una dimensión relativamente nueva para el estudio disciplinario de lo urbano: el proceso de surgimiento y auge de las formas-contenido urbanas propias de este período –las urbanizaciones cerradas–, ciertamente paralelo al fenómeno inverso, el de la desaparición de pequeños poblados surgidos en épocas pretéritas. Finalmente, se presentarán las principales conclusiones a las que ha arribado esta investigación.

1. Espacio cotidiano y ciudad: definición y categorías de análisis de lo urbano

Esencia y epifenómeno se dan cita en el espacio geográfico para configurarlo, mediados por las normas, en un conjunto indisoluble, solidario y contradictorio de sistemas de objetos y sistemas de acciones. Síntesis de la configuración territorial

y la dinámica social, amalgama de las formas y el contenido, ese espacio deviene sede de la acumulación de tiempo y, por esa razón, se constituye en la instancia social de más lenta metamorfosis (Santos, 1996a: 39; 1996b: 152; 1982: 54). Objetivado a través del acontecer solidario en tanto proceso ajeno a toda connotación ética o moral, pero más bien atento a la organicidad e interdependencia de los vectores, el devenir del espacio reconoce tres instancias posibles: un acontecer homólogo, un acontecer complementario y un acontecer jerárquico.¹

- a) El *cotidiano homólogo*, intrínseco a las áreas de producción agrícola y urbana, se plasma en contigüidades funcionales y extensiones continuas pautadas por fuerzas localmente centripetas fundadas en la primacía de las formas y las técnicas;
- b) El *acontecer complementario*, también basado en la forma, la técnica y el centripetismo, se define a partir de los nexos interurbanos y de las relaciones entre ciudad y campo, en virtud de las necesidades modernas de producción e intercambio geográficamente próximo;
- c) Obstando el papel predominante que ambas instancias juegan en su composición existencial, las ciudades no son en absoluto ajenas a la instauración de un *acontecer jerárquico* que, expresado gracias a las órdenes y la

1. Las ciudades y el sistema urbano se revelan, en tanto que componentes estructurales de la ontología del espacio, como reinos del acontecer homólogo y complementario.

información provenientes de otras escalas, forja la otra cara de la red urbana, imponiendo relaciones puntuales, fuerzas fragmentarias y centrífugas obedientes a un comando político concentrado, preocupado por la racionalización de las actividades (Santos, 1996a: 109-110).

Es, sobre todo, a partir de las racionalidades de la nueva urbanización (Silveira, 1999: 381), que esas tres formas de reproducción de la ciudad pueden ser estudiadas; en cada punto o fragmento de la red se produce la funcionalización, siempre diversa, de las tres manifestaciones del proceso espacial las cuales, pese a la hegemonía de unas sobre otras, son obligadas a convivir en los mismos lugares, tensa, mas también armoniosamente. A pesar del nihilismo postmodernista, las ciudades continúan existiendo y desempeñando un papel fundamental en la diferenciación del espacio; de hecho, Santos (1993: 119) explica que, para comprender la economía de un país, es necesario aprehender el fenómeno urbano, captando así el verdadero significado de las ciudades, las redes, el territorio y la nación. Tal importancia se refuerza en el periodo actual, toda vez que las ciudades alojan las funciones de comando del territorio.

No obstante, ¿Qué es lo urbano? ¿Cómo definirlo? Y en tal caso, ¿Cuáles son las categorías de análisis apropiadas para su estudio empírico? Siempre es menester recordar que se agudiza al máximo el problema de identificación de lo urbano,

en virtud del hecho de que el propio concepto y su complejidad no son estáticos, sino que se hallan en permanente cambio (Carter, 1972: 39). Lo urbano es, en otras palabras, una cuestión polisémica que, imposible de ser constreñida a un único factor, crea una barrera o frontera difusa, intangible y en constante metamorfosis.

Es el mismo Carter quien alerta acerca de los peligros que entraña una demarcación apenas fundada en términos numéricos, remarcando que resulta insuficiente identificar a las ciudades sólo a partir de sus cifras de población; así pues, en un país como Argentina, donde las distintas localidades son consideradas urbanas o no en virtud si satisfacen un arbitrario umbral mínimo –2,000 habitantes–, la verdadera naturaleza de la ciudad quedaría en principio, opacada, reducida a un criterio meramente estadístico-demográfico. Otro geógrafo, George (1976: 494) apuntaba por su parte que aunque el crecimiento urbano implique, en primer lugar, concentración numérica de población, existe todo un conjunto de mutaciones cualitativas asociadas al fenómeno, entre las cuales sobresalen las nuevas relaciones económicas y sociales resultantes de esa aglomeración, como así también las novedosas formas que emergen en lo que atañe a la producción y apropiación social del espacio.

¿Qué es entonces la urbanización? Silveira (1999: 352) la define como una manifestación de la funcionalización de los eventos en cada período histórico, y Santos (1971: 38) propone distinguir entre la llamada *urbanización en el territorio*, la cual

está ligada a los diversos momentos del proceso histórico de generación de ciudades, y la denominada *urbanización del territorio*, que concierne al entendimiento de las familias de ciudades, esto es, de aquellas aglomeraciones cuyo origen ha obedecido a un mismo conjunto de datos o circunstancias. Originariamente propuestos por este último autor para entender la organización del espacio y discutir los fenómenos espaciales como totalidad, los conceptos de forma, función, estructura y proceso se erigen en categorías de análisis apropiadas, que corren en auxilio del intelecto preocupado por entender la cuestión urbana (Santos, 1992: 51-52).

Las formas, obviamente ligadas a la distribución de la población y a la identificación de sus concentraciones y vacíos urbanos, permiten ensayar una descripción de la morfología de la red (Silveira, 1999: 352), revelando no sólo sus zonas de densidad y rareza, de aglomeración y escasez, sino también las interdependencias existentes entre demografía y economía; la cuestión poblacional no es en modo alguno desdeñable, toda vez que el efecto del tamaño tiene un importante papel en la división interurbana e intra-urbana del trabajo: cuanto mayores y más populosas las ciudades, más capaces son de albergar una extensa gama de actividades y de contener un listado mayor de profesiones; paralelamente, se establece un tejido de interrelaciones más eficaz desde el punto de vista económico (Santos y Silveira, 2001: 203), pues la fermentación de los hombres en un mismo espacio genera una densidad social (Duvignaud, 1977: 20). Y es esa solidaridad entre forma

y contenido la que conduce a indagar, como pretende Silveira (1999: 352), acerca de las funciones embutidas en las formas.

En épocas pasadas, hablar de ciudad equivalía a referirse a la "ciudad de mercado", pues contar conforme a Derecho con un mercado, era lo que virtualmente definía a la ciudad como tal (Carter, 1972: 39). Hoy día, el principio de unidad de cada urbe está dado por el mercado y por el territorio, que unifican los segmentos del cotidiano (Santos, 1996a: 210), generando una división del trabajo más compleja.

La urbanización opera ampliando la división del trabajo, social y territorialmente; así pues, cuanto más intensa sea la división del trabajo en un área, tanto más las ciudades se mostrarán diferentes unas de otras (Santos y Silveira, 2001: 140 y 209), en virtud de la acumulación y diversificación de especializaciones tanto actuales como pretéritas. Signada por el predominio de los valores de cambio, esa socialización capitalista no hace sino imponer mayores y más profundas articulaciones, por un lado, entre las ciudades, y por otro, entre éstas y el campo, fomentando así otro valor propio de lo urbano: la diversidad socio-espacial; como las actividades realizadas en el espacio urbano detentan singulares niveles técnicos, de capital y de organización —explica Santos (1996a: 209-210)—, éste se torna capaz de reunir y asociar con períodos de tiempo que autorizan comportamientos socio-económicos también diferenciados.

Aunque el concepto de urbanización sugiera prestar atención, sobre todo a la evolución cuantitativa de la red, el

fenómeno no puede ser agotado en el simple estudio de los puntos de concentración de la población y del aumento del tamaño de cada una de esas aglomeraciones, como pretendían los ya clásicos trabajos de Carter (1972); por el contrario, aquí es menester apelar a otras categorías de análisis, como el proceso y la estructura, las cuales obligan a recurrir, en cierto modo, a parámetros tanto cuantitativos como cualitativos. Indispensable es, para el estudio empírico del sistema urbano, recurrir a una clasificación que en principio se fundamente en datos poblacionales, pues sólo así es posible establecer las respectivas jerarquías demográficas y funcionales de cada una de las ciudades que integran la red.

Santos (1993: 69) propone, en tal sentido, indagar acerca de los procesos de metropolización; es decir, acerca del dinamismo o crecimiento de las grandes urbes, identificando a los distintos escalafones metropolitanos del país, e inquirir respecto del reverso de la moneda, la desmetropolización, fenómeno expresado en la presencia de una urbanización tanto concentrada –definida a partir de la multiplicación del número de ciudades medias– como aglomerada –manifestada por el incremento de la población y del número de núcleos que superan los 20,000 habitantes–.

No obstante, el análisis jerárquico de cualquier sistema urbano nacional permanecería incompleto si esos datos no fuesen abordados conjuntamente a las variables económicas, técnicas, sociales y políticas de las cuales dependen y sobre las cuales, al mismo tiempo, influyen. Y es que, entendida como

una estructura, la jerarquía de la red urbana se revela diseñada hoy día, por flujos materiales y sobre todo, inmateriales, los cuales actúan metamorfoseando a las ciudades preexistentes y participando de la creación de otras nuevas; estas últimas acaban configurándose en formas urbanas puras por su contenido de tiempo hegemónico, acordes a las racionalidades del período histórico contemporáneo –el medio técnico-científico-informacional– (Silveira, 1999: 363).

Surge, por tanto, la necesidad de identificar a los nuevos espacios urbanos, esto es, a las generaciones y familias de ciudades (Santos, 1971: 38) que, portadoras de las lógicas actuales, se derivan del imperio de una urbanización corporativa –dimensión del proceso de globalización que tiende a organizar las ciudades conforme a tiempos externos y exigencias del capital oligopolista (Santos, 1990: 90-95)– obediente a un acontecer jerárquico –una racionalización socio-territorial– que, paralelamente, decreta la muerte de otras formas-contenido del espacio.

Son todos esos factores los que, tomados en su conjunto, alientan a Santos y Silveira (2001: 280-281) a considerar a las ciudades en tanto puntos de intersección y superposición entre horizontalidades y verticalidades, como puentes entre lo local y lo global, identificadas con el mercado, lo externo y lo nuevo, con normas universales, acciones pragmáticas y objetos perfectos, con la instantaneidad, la neoburocracia, el espacio de flujos y las actividades económicas que comandan este período histórico; las verticalidades forman, pues, un contrapunto con

las horizontalidades, más asociadas al Estado, lo interno y lo antiguo, a normas locales, acciones irracionales y objetos antiguos, a la lentitud, los actores hegemonizados, el espacio banal y las funciones marginales o en decadencia (Santos, 1992: 75-80; 1996a: 206-207; 2000: 105-111; Silveira, 1999: 430-431).

Siempre, la red urbana se debate entre la racionalidad y la irracionalidad, entre su aptitud para alojar los vectores de la lógica dominante y su indudable capacidad para fomentar la proliferación de situaciones no razonables, inviables o disfuncionales desde la óptica del modelo hegemónico, dicotomía acentuada por la más dificultosa o menos fluida adaptación de la ciudad, en relación al campo, a los imperativos de la globalización; frente a la laboriosidad que requiere renovar su materialidad –en virtud de su gran cantidad de capital fijo instalado–, lo urbano adquiere cierta rigidez, resistiéndose a la difusión amplia y veloz de los vectores de la modernidad (Santos, 1996a: 209 y 246).

Obstando esta singularidad, el sistema de ciudades se revela dual, fragmentándose en áreas luminosas y áreas opacas. Si los espacios luminosos se revelan como medios concretos o perfectos del período técnico-científico-informacional, *locus* de los eventos propios del nuevo orden, teatro de acción de los vectores de la modernidad globalizadora y sede de los datos que tornan a los lugares más idóneos para producir lo que en ese momento tiene valor, las zonas opacas o letárgicas se manifiestan como espacios envejecidos, medios repulsivos a la modernización que, buscando reproducir una totalidad anterior, se expresan como vestigios de estructuras pretéritas (Santos,

1996a: 210; Silveira, 1999: 414-418 y 443-444), engrosando las filas de lo que Walker (1978: 36-37) denomina ejército de reserva de lugares.

Estudiar la red urbana bajo tales premisas, sin ignorar que los puntos luminosos suelen también albergar actividades menos dinámicas –ora complementarias, ora derivadas de la preexistencia de diferencias sociales más o menos profundas– (Santos y Silveira, 2001: 294), permite individualizar un importante aspecto del movimiento desigual y combinado observado por Silveira (1999: 414) en el espacio nacional.

2. Formación y desenvolvimiento histórico de la red urbana argentina (siglo XV-1991)

Desde su génesis, el sistema urbano argentino ha desarrollado un perfil marcadamente macrocefálico, omnipresente en cada una de sus sucesivas etapas de reproducción y modernización. Sus orígenes se remontan al período colonial, cuando el apogeo de la Villa Imperial de Potosí, situada en la actual Bolivia y centro de gravedad del Virreinato del Alto Perú, alentó la creación de numerosas regiones-satélite. Y es que esa ciudad minera, con una población en 1573 equivalente a la de Londres y en 1645 diez veces mayor a la de Boston, se erigía en la verdadera vena yugular de la economía de la época.

Nacía así una incipiente red urbana en el actual territorio argentino que, permitiendo la reproducción de una división del trabajo poco compleja, privilegiaba a las ciudades surgidas

del principal flujo hispánico de penetración y conquista: la denominada "corriente del Alto Perú", responsable por la fundación de poblados del noroeste –Tucumán (1565), Salta (1582), Jujuy (1591) y La Rioja (1591)–, y del centro mediterráneo –Córdoba (1573)–.

Los lazos administrativos, comerciales, productivos y militares tejidos por Potosí, operando a partir de la consolidación del liderazgo de Córdoba y Tucumán –que abastecían a la Villa Imperial de animales de tracción, ganado en pie, artesanías y tejidos–, determinaban que el noroeste concentrara en 1700 el 43% de la población argentina; la "corriente del Oeste", en tanto, engendró a ciudades menos dinámicas –Santiago del Estero (1533), San Juan (1562), Mendoza (1562) y San Luis (1596)–, y la "corriente del Océano Atlántico", a las aldeas del apenas conquistado nordeste y Litoral –Buenos Aires (1535 y 1580), Corrientes (1558), Paraná (1558) y Santa Fe (1573)–.

Siempre basada en las famosas Leyes de Indias –responsables por el típico diseño en damero del tejido urbano, la geometría de los caminos, la localización de las instituciones públicas y religiosas y la distribución de las funciones– (Silveira, 2003: 16), la racionalidad urbana no era, empero, aún dominante, implicando solamente el 10% de la población. Objetivaciones materiales de las fases de conquista del territorio, esos núcleos devendrían, años más tarde, gérmenes de las configuraciones regionales del nordeste, Cuyo y el Litoral (Rofman y Romero, 1997: 106); no obstante la configuración de la red inestable, según Velázquez (2001: 15), de las veintinueve ciudades

fundadas durante el siglo XVI, cinco fueron trasladadas y quince desaparecieron.

Solidaridades forjadas entre factores externos –nuevas posibilidades del comercio mundial, decadencia económica y política ibérica (derrotas militares, endeudamiento de la nobleza, agotamiento del tesoro real, inflación, crisis agrícola, caída de los Habsburgo), consagración de Gran Bretaña como potencia hegemónica y sustitución de la doctrina mercantilista por el pensamiento liberal –e internos–, agotamiento de minas del altiplano, grandes distancias y extinción de la fuerza laboral nativa del noroeste, decantaron en un desplazamiento del eje de gravedad de la economía colonial hacia Buenos Aires, convertida en capital del Virreinato del Río de la Plata en 1776 y en puerto legal a partir de 1791.

Otrora una mísera aldea de cuatrocientas casas, Buenos Aires se tornó estratégica para los nuevos circuitos mercantiles, en principio gracias a un activo tráfico de esclavos y un próspero contrabando de metales americanos y manufacturas inglesas y holandesas, para luego arrebatarse a la Villa Imperial 80% de las exportaciones de plata y sustituirla como destino principal de la producción artesanal de las pequeñas ciudades del interior.

Todo ello redundó en la modificación sustancial de las rutas de intercambio de la época y en la refuncionalización urbana derivada del quiebre del camino Potosí-Buenos Aires y del eje que integraba a las diferentes regiones (Rofman y Romero, 1997: 108); de ahí el vaciamiento funcional de numerosos poblados, azuzado, en el Nordeste y Cuyo, por la expulsión de los jesuitas

y la libre importación de vinos y aguardientes, respectivamente. La Revolución Industrial europea, con epicentro en Inglaterra, impuso en contrapartida, una nueva lógica al territorio: la producción de alimentos –carnes saladas, sebo– y materias primas –cuero–, destinados a las colonias esclavistas del imperio británico; así pues, la ganadería cobró gran impulso en el Litoral, especialmente luego de la liberación del yugo español y la organización del país en una Confederación de Provincias que, liderada por Buenos Aires, dejaba a criterio de cada jurisdicción la formulación de sus propias políticas aduaneras.

La expansión de la demanda de cueros y carnes saladas para las colonias británicas y la apertura de los mercados de Brasil, Estados Unidos, las Antillas y África alentaron, por una parte, la ampliación de la frontera ganadera² y, al mismo tiempo, fomentaron la proliferación de estancias y saladeros en la campaña bonaerense, Corrientes, Santa Fe, Córdoba, Entre Ríos y San Luis.

De esta manera, oligarquía porteña y capital inglés entablaron una comunión de intereses que, en solidaridad con esa apropiación privada del territorio, permite entender la notable concentración de la infraestructura y la población en el Litoral, como así también su precoz urbanización. No es desacertado señalar que, en ese contexto, la ciudad de Buenos Aires era, decididamente, un bastión de la modernidad europea; así pues, los bancos, el monopolio de la emisión y administración de la

2. Resultado de las campañas militares libradas contra los nativos y de las sendas enfiteusis que concentraron vastas extensiones en pocas manos.

moneda y de la renta portuaria,³ los modernos servicios de gas, agua y electricidad, la concentración económica y 85% de las exportaciones argentinas se daban cita allí, revelándose como actos de imperio de una moderna racionalidad fundada en el libre cambio y la apertura a las lógicas externas. Hasta el desarrollo de las ciencias y las artes era, en esa ciudad, de inspiración europea (Silveira, 1999: 42).

En 1870, los guarismos demográficos del Litoral fueron 17 veces superiores a los verificados una centuria atrás, 60% de esa expansión correspondiera exclusivamente a la ciudad y campaña de Buenos Aires. El resto del territorio, en contrapartida, se modernizaba mucho más lentamente. Sumido en el estancamiento y la decadencia, ideológicamente aferrado a la doctrina monopolista y proteccionista que dejara como herencia la conquista española, y severamente perjudicado por la política comercial y, particularmente, aduanera de Buenos Aires, el interior del país se rebelaría contra el yugo de ésta, iniciando una era de guerras civiles que hundiría a las economías regionales en un duradero letargo económico y demográfico: el noroeste pasó a detentar apenas 26% de las cifras demográficas argentinas, hallándose 1.9 veces menos habitado que el Litoral; en menos de medio siglo, los habitantes del interior del país disminuyeron su participación relativa, reduciendo, en promedio, 20% su incidencia sobre la población nacional.

3. Basada no sólo en los aranceles cobrados al ingreso de manufacturas provenientes del Viejo Mundo, sino también en los derechos de tránsito fluvial impuestos al interior del país.

Otrora ligada al comercio con el altiplano, la red urbana preexistente se debilitó, toda vez que la fundación del Virreinato del Río de la Plata primero, y la independencia formal después, bloquearon el intercambio con el altiplano: apenas Cuyo y el Nordeste consiguieron preservar cierto dinamismo, gracias al activo comercio sostenido con la minería chilena y el continuo contrabando con las aldeas del sudeste brasileño, respectivamente.

Otra nueva metamorfosis del territorio y la red urbana argentina fue impuesta por la segunda Revolución Industrial británica, que convocó al país ya no a satisfacer la demanda de las colonias inglesas, sino más bien a insertar su producción en el propio mercado interno anglosajón; los acelerados ritmos de urbanización de la Inglaterra de la época, aunados a las crecientes necesidades de consumo de la clase obrera británica y las nuevas necesidades de materias primas experimentadas por la producción manufacturera de ese país, exigían un rediseño de la división internacional del trabajo que a su vez permitiera la difusión, en la periferia del sistema capitalista, del poderío comercial, industrial y financiero anglosajón. Argentina fue llamada entonces a emprender la modernización y diversificación de su ganadería, así como también a ensayar el cultivo y la exportación de cereales, ambas funciones configurándose en pilares del llamado 'modelo agroexportador'.

La agricultura, que no sólo respondería a la necesidad de abastecer de cereales a la creciente población urbana británica,

sino que también permitiría perfeccionar la producción de carnes, se asoció a la exportación de lanas destinada a la industria textil inglesa para imponer, con renovados bríos, la ideología liberal. No obstante, era imprescindible contar con un mercado interno unificado, infraestructura moderna y un imaginario colectivo muy diferente al preexistente; culmina, pues, la conquista del territorio nacional, expandiendo la frontera ganadera hacia la Patagonia y el surgimiento del Estado-Nación pone fin a las guerras civiles, proporcionando a su vez un marco normativo apto para la circulación de mercancías, fuerza laboral y capitales.

Es también la era de los ferrocarriles, las comunicaciones y el capital financiero, pues Inglaterra cubría su déficit comercial con Argentina invirtiendo en el tendido de vías férreas y líneas telegráficas y telefónicas y adquiriendo títulos de la deuda externa nacional; de ahí que el ferrocarril se convirtiera en un moderno vector de creación de nuevas áreas agrícola-ganaderas, coadyuvando al aumento de la superficie bajo explotación y de la producción (Silveira, 1999: 49).

Obediente al imperio del discurso modernizador de la civilización y el fin de la barbarie, el imaginario colectivo fue hondamente transformado por las grandes migraciones internacionales, procedentes sobre todo, de Italia y España, esos contingentes demográficos se volvieron responsables por la sextuplicación, entre 1869 y 1914, de la población argentina (Bacigalupo, 1969), y por el ostensible aumento de los niveles de urbanización del país -28% al 50%- . No se trataba, empero,

de un proceso generalizado de modernización, sino más bien de una acentuación de las desigualdades regionales preexistentes derivada de:

- Las solidaridades entabladas entre la unificación del Estado nacional –que precipitó la ruptura de los lazos comerciales del interior con países limítrofes–;
- La configuración de la red ferroviaria –que impidió la circulación recíproca entre las economías regionales, permitiéndoles vincularse sólo con Buenos Aires–;
- La predilección de las compañías ferroviarias británicas por el tendido de vías en Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba –lo cual tornó más desiguales los ritmos de urbanización y expansión de la agricultura, a tal punto que el resto del país apenas contaba con un millón de hectáreas cultivadas, frente a los 12 millones de la pampa húmeda–;
- La libre importación de mercancías europeas –que supuso una competencia mortal para los talleres textiles y de artesanías del noroeste y centro–, la tarifa ferroviaria diferencial –mucho más elevada para los productos manufacturados procedentes del interior del país, y destinada, por tanto, a afianzar el predominio británico sobre el mercado interno porteño– y;
- La propia impotencia de las actividades regionales –algodón, tabaco, minería, explotación forestal, ...–.

De ahí que en 1914 la pampa húmeda acaparara 74% y 62% de la población total y urbana, respectivamente, y que la participación demográfica relativa del noroeste cayera 12.6%. Sólo Tucumán y Mendoza sobresalían en el interior como islotes de agricultura moderna nacidos gracias al tendido, por parte del Estado nacional, de las vías férreas que permitieron al azúcar y la vitivinicultura conquistar el mercado porteño y litoraleño.

Ciudad moderna y europeizada, Buenos Aires pasó de contar con apenas 220,000 habitantes en 1869 a sumar más dos millones en 1930, convirtiéndose así no sólo en sede de la tercera parte de la población argentina, sino también en la novena urbe más habitada del mundo; por eso, la macrocefalia o relación de primacía del sistema se volvió harto manifiesta, denotando, tal como aseveran Rofman y Romero (1997: 145), un proceso concomitante de ininterrumpida concentración demográfica en la cúspide y de progresivo distanciamiento de ésta con respecto al resto de la red. Así pues, si Buenos Aires mantenía en 1869 una relación de 6.2 a 1 con la segunda ciudad más poblada del país, en 1914 esa misma proporción había ascendido de 8.3 a 1.

Sacudiendo los cimientos mismos del sistema capitalista, la crisis de 1929 impuso una nueva refuncionalización al territorio, la retracción del comercio mundial, la huída de las inversiones extranjeras y la implementación de regímenes proteccionistas opuestos a la racionalidad liberal implicaron una sensible merma de la demanda y los precios internacionales para la producción agropecuaria argentina, en principio ciertamente atenuada por

el favorable contexto en ese sentido generado por la Segunda Guerra Mundial. No obstante, fue ante esa merma de los precios internacionales y la demanda externa, que los agentes hegemónicos nacionales, con intereses agrarios, comandaron un primer momento del proceso de industrialización, buscando sustituir importaciones (Silveira, 1999: 74).

Surge así, una forma peculiar de industrialización, dependiente y periférica, que no obedecería a la eclosión de una fracción industrial autónoma y enfrentada con el sector terrateniente, sino que más bien nacería como obra de este último (Rofman y Romero, 1997: 155), y resultaría privilegiada por políticas estatales tendentes a redistribuir la renta agraria en favor de las actividades manufactureras y los asalariados, imponiendo por consiguiente, una suerte de "empate técnico" entre éstos y el capital.

Así pues, si durante el "modelo agroexportador" las formas y los contenidos del espacio nacional eran modernos para acoger y ejercer las funciones impuestas desde el exterior, en pleno régimen de sustitución de importaciones, la lógica imperante se restringía a un movimiento interno que, imitando formas y contenidos envejecidos de los países centrales, redundó en una mayor difusión del modo de producción capitalista en el país; de hecho, fue después de la Segunda Guerra Mundial que la participación relativa de la fuerza laboral asalariada alcanzó 70% de la PEA, esto es, su máximo histórico (Neffa, 1998: 206).

El surgimiento del Estado populista (Ianni, 1984: 134) fue, en ese escenario, concomitante a la instauración del Estado

empresario el cual, asumiendo como propia la responsabilidad por el equipamiento del espacio nacional, comenzó a controlar gran parte de la distribución y producción directa de servicios públicos. No obstante, la crisis agropecuaria suscitada a inicio de la década de 1950, aunada a la supremacía norteamericana de la post-guerra —plasmada en el imperio del capital monopolista—, obligarían al Estado a ensayar una intervención menos directa y permitir a las empresas transnacionales estadounidenses conquistar sectores clave, como petróleo, química e industria automotriz, obteniendo así las divisas necesarias para continuar con la modernización del territorio.

La red urbana argentina mutó considerablemente, pues a raíz del influjo de la industrialización, abundantes contingentes de fuerza laboral de origen rural se dirigieron a los grandes centros manufactureros; sólo entre 1945 y 1949, más de medio millón de argentinos se desplazó hacia Buenos Aires y sus alrededores (Lattes, 1994: 247) para hacer posible la reproducción del flamante modelo de acumulación, determinando que en 1947 los niveles de urbanización ascendieran 62%. Objetivada en periferias industriales y barrios obreros, una división del trabajo más densa y compleja se instalaría en el territorio argentino para dar origen a las grandes conurbaciones, cuyo germen se hallaba ya enquistado en las ciudades-puerto propias de la fase anterior.

Inaugurado a nivel mundial luego de la Segunda Guerra Mundial, ese proceso de metropolización sería, en el país, singular: mientras que en las ciudades norteamericanas eclosionaban suburbios de clase media y alta, el Gran Buenos

Aires (en adelante GBA) seguía un derrotero signado por la localización de trabajadores asalariados del sector industrial (Torres, 2000). El perfil macrocefálico preexistente se consolidó y agudizó en ese marco: en 1947, la relación entre Buenos Aires y la segunda ciudad del país ya era de 9.4 a 1 (Rofman y Romero, 1997: 201).

Tal situación se afianzó a partir de mediados del siglo XX, en virtud del nuevo mapa dibujado por una renovada división industrial del trabajo, superpuesta a las funciones agropecuarias preexistentes. En las postrimerías de la década de 1960, el GBA acaparaba 38.4% de los establecimientos manufactureros, 56% de la producción industrial, 53% del empleo industrial, 60% de los salarios, 53% de los préstamos hipotecarios y 74% de los créditos industriales, con un ingreso per cápita 70% superior a la media nacional (Ferrer, 1976: 222; Rofman y Romero, 1997: 224-225). Su vasto mercado metropolitano le permitía a su vez comandar los circuitos productivos regionales: algodón, lana, azúcar, vino, yerba-mate, té, tabaco, fruticultura y petróleo.

Inmerso en la pobreza y la miseria, el norte desempeñaba una función primordial: proveer de fuerza laboral con bajo costo de reproducción a las industrias de las áreas modernizadas, de ahí que entre 1947 y 1960, la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires recibieran a más de dos millones de personas, absorbiendo así 72.9% de los flujos migratorios generales (Lattes y Recchini de Lattes, 1969: 131-133), en su mayoría drenados de Corrientes, La Rioja, Entre Ríos, Misiones y, sobre todo, Catamarca, Chaco, Santiago del Estero y Tucumán.

Mientras estas últimas aportaron entre 80% y 100% de su crecimiento vegetativo total (Rofman y Romero, 1997: 240), Tierra del Fuego (25.5 por mil) y Santa Cruz (27.2 por mil) se convirtieron en nuevas áreas receptoras de población; en 1970, el nivel de urbanización del país aumentó 72%, y la macrocefalia de la red se exacerbó 10 a 1 (Velázquez, 2001: 37 y 50), mas no sin generar una constelación de ciudades satélite: Rosario, Córdoba, La Plata, Mendoza, Tucumán, Santa Fe, Mar del Plata, Bahía Blanca y San Juan.

Originada en la crisis petrolera mundial de 1973, la era de valorización financiera llegó a Argentina algunos años después, en un contexto caracterizado por el desmoronamiento del contrato social que comprometía la rentabilidad del capital con el pleno empleo, el consumo interno con la distribución progresiva del ingreso y el bienestar de las masas populares con la intervención estatal. Diseñada en un marco de liberalización comercial, endeudamiento externo y desplazamiento del eje de gravedad de la economía doméstica desde la producción manufacturera hacia la especulación financiera en los mercados internacionales de capitales, la nueva dinámica capitalista no hizo sino consagrar un novedoso patrón de acumulación que alentó la génesis de un flamante bloque de poder y dominación.

Este nuevo patrón de acumulación, pionero de un disimulado retorno al modelo agropecuario o primario forjado durante el siglo XIX, atado a las estructuras del capital financiero pero paralelamente dotado de nutridos intereses en el sector industrial, impulsó reformas estructurales en el mercado laboral,

las cuales operaron tornando más regresiva la distribución del ingreso y coadyuvando al surgimiento de un nuevo sector en la base de la pirámide social, el de los llamados “nuevos pobres” o sectores pauperizados (Neffa, 1998: 296).

Incapaces de incorporarse a los circuitos financieros mundiales, las pequeñas y medianas empresas urbanas y rurales acabaron sofocadas por los costos bancarios que, cerrando una trampa mortal sobre la industria nacional, precipitaron la decadencia del Chaco algodonero, el Tucumán azucarero y la vitivinicultura cuyana (Manzanal y Rofman, 1989: 15-16), rompiéndose, en cierto modo, la preexistente relación entre salarización y urbanización, transversal a las sucesivas fases o etapas del medio técnico: en 1980, la proporción de población aglomerada en ciudades ascendía, en el país, 83%, a despecho de un marco histórico ciertamente definido por el aumento de la miseria y el cuentapropismo laboral.

Observado a la luz de las racionalidades propias del presente, un singular fenómeno –los lazos administrativos, comerciales, productivos y militares tejidos por Potosí– marcaría un punto de inflexión en la evolución del sistema urbano argentino coincidente respecto del advenimiento del período técnico-científico: en 1970, y por primera vez, la población residente en la ciudad de Buenos Aires disminuyó, situación que perduraría hasta la actualidad, en virtud de la fuerte valorización inmobiliaria capitalina, que redundó en la expulsión de numerosos contingentes demográficos hacia su periferia metropolitana.

Otra ruptura, en solidaridad con las variables anteriormente citadas, se encuentra intrincadamente asociada a un concomitante proceso tripartito, en el que convergen:

- La nueva oleada modernizadora del campo –que empujó parte de la población rural hacia las ciudades–,
- La desindustrialización metropolitana –resultante de la reforma financiera ejecutada– y,
- La selectiva descentralización de la actividad manufacturera –concretada a partir de sendos Regímenes de Promoción Industrial en Tierra del Fuego (electrónica, petroquímica), San Luis (siderurgia, metal-mecánica), San Juan (química), Catamarca (electrodomésticos, textil) y La Rioja (textil, plásticos) basados en estrategias subsidiadas de acumulación (beneficios fiscales y comerciales)–.

Son todos estos factores los que, en su conjunto, explican que en 1991, los niveles de urbanización del territorio argentino alcanzaran 87%. Obrando como acicate para el despliegue de importantes movimientos migratorios inter-provinciales e intra-provinciales, la “industrialización tardía” de los años ochenta provocó la especulación inmobiliaria y acentuó la ya intensa presión sobre la tenencia de la tierra, especialmente en San Luis y Tierra del Fuego; si en el primer caso se asistió a una reversión de un tradicional patrón poblacional de saldos demográficos

negativos (Laurelli y Rofman, 1992: 34-35), en el segundo se observaron asombrosas tasas de crecimiento migratorio -44 por mil en 1980 y 61 por mil en 1991- (Velázquez, 2001: 36). He aquí la situación de la red urbana nacional ante el ulterior advenimiento del medio técnico-científico-informacional.

3. El sistema urbano argentino: su metamorfosis en el periodo contemporáneo (1991-2001)

A. El medio técnico-científico-informacional: definición teórica y rasgos empíricos del caso argentino

La actual era de desenvolvimiento del sistema capitalista constituye, ciertamente, una fase inédita en la historia mundial, guarde o no reminiscencias con respecto al pasado. Signado por la aceleración, la fluidez y la constitución de un auténtico gobierno mundial (Santos, 1994: 18), el periodo contemporáneo -esto es, el llamado medio técnico-científico-informacional- se erige, para ese autor (Santos, 1996a: 155-156), sobre tres cimientos:

- a) La supremacía de un único sistema técnico (el capitalismo), determinada por la universalización de la técnica;
- b) La convergencia de los momentos, caracterizada por la visión empírica del tiempo en todos los lugares en tanto que base de la mundialización de las acciones; y

- c) La configuración de un motor único que, fundado en la ciencia y la información, permite e impone como objetivo central la realización y apropiación de la plusvalía a escala universal.

Objetos, acciones y normas ya no se mundializan - incompleta y fragmentariamente- como ocurría en el pasado; por el contrario, hoy día extienden su hegemonía a todos y cada uno de los rincones del planeta, dando lugar a fenómenos de universalidad. Ciencia e información devienen la variable-clave por excelencia, la savia vital del sistema capitalista actual, tal como lo fue, en pleno apogeo del medio técnico, la energía mecánica; son híbridos que permiten identificar el devenir de un nuevo sistema temporal y la organización de un nuevo espacio, así como también la condensación de un flamante modelo de articulación entre materialidad y poder (Santos y Silveira, 1998: 101), ciertamente diferente de sus predecesores.

Nace, en consecuencia, una nueva arquitectura espacio-temporal, en cuyo epicentro se hallan la telefonía moderna, los satélites, la informática, la fibra óptica, la biotecnología y la genética, los nuevos materiales, las finanzas y los servicios, en suma, los fragmentos informacionales y cientificados del sistema productivo mundial, verdaderos reguladores de la nueva economía internacional.

No es esta, sin embargo, la única diferencia que el medio técnico-científico-informacional ostenta respecto de periodos pretéritos; el eje de gravedad de la técnica y la economía se ha

desplazado desde el trabajo material hacia el trabajo intelectual, por lo que el segundo suele anticiparse al primero, diseñándolo, condicionándolo y moldeándolo conforme a sus exigencias de racionalidad. En el plano territorial, el imperio urbano de la técnica ha dejado paso a una época en la que, frente a la mayor resistencia al cambio esgrimida por las ciudades, es el campo quien, al renovar sus formas y contenidos con rapidez, acoge las innovaciones actuales con mayor plasticidad que los espacios urbanos, volviéndose científizado e informacionalizado, encarnando y reflejando más fielmente la naturaleza propia del período. Harvey (1990: 373) añade, que el modelo coetáneo de modernización que impera a nivel mundial no es sino una síntesis global del modo de producción, una descripción estructural de la totalidad de las relaciones ideológicas, económicas, políticas y culturales del capitalismo.

Siempre distintos, los usos del territorio son objeto de un comando único y centralizado, resultante de la vocación mundializada y expansionista del capitalismo. Organizado e impuesto a gran escala, ese control externo es la auténtica novedad del proceso de globalización; gracias a él, países, regiones y ciudades se convierten en simples piezas, engranajes –incluso marionetas– de un complejo *puzzle* planetario gobernado por una inteligencia universal.

Son las normas emanadas de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización Mundial del Comercio (OMC), las sucesivas rondas comerciales del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercios (GATT por las siglas

en inglés: *General Agreement on Tariffs and Trade*), el Banco Mundial (BM), el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Club de París, el régimen de patentes y otras instancias igualmente hegemónicas, los eslabones que forjan una cadena de dominación que persigue un claro propósito: imponer, a escala planetaria, un sistema de reservas que, puesto bajo el control de las grandes corporaciones, permita a éstas dominar las condiciones a partir de las cuales –y bajo las cuales– se realiza la plusvalía hegemónica (Dos Santos, 1994: 74).

Tal como ha sucedido con cada nueva división del trabajo, los fabricantes de significados son llamados a renovar las ideologías y los universos simbólicos (Santos, 1996a: 107), con el neoliberalismo se consagró la ideología más funcional a los contenidos y lógicas del medio técnico-científico-informacional. Oriundo, en su génesis y desarrollo, de los centros de poder del capitalismo, ese sistema de poder cuestionó y socavó desde un principio las bases de sustentación del Estado del Bienestar y, con mayor ímpetu aún, las de sus correlatos periféricos, desmantelándolos, conforme a la tesis de Rosanvallon (1995), por obra de una triple crisis –financiera, ideológica y filosófica–.

Origen, quintaesencia y finalidad última del orden global, el mercado mundial es presentado como una panacea, y el mito de la “mano invisible” es así renovado, ocultando deliberadamente el rostro de quienes operan tras esas fuerzas. Neutra y aséptica sólo en teoría, esa “mano invisible” se convierte en un mecanismo de dominación que, al instaurar en países y lugares la mentada fábula de la desregulación, “sugiere” a éstos confiar

al capital extranjero concentrado los aspectos fundamentales del proceso modernizador y, al mismo tiempo, eludir la injerencia de los sistemas de acciones públicas en sus distintos niveles y segmentos.

Sin embargo, tal suerte de "re-regulación" o "neo-regulación burocrática" se concreta, sobre todo, sólo a partir de un Estado que brinda protección pública a los ricos y somete a los pobres a la disciplina del mercado (Borón, 1997: 12). Siendo instados a obedecer las nuevas regulaciones, forzados a la globalización, los territorios nacionales sufren la imposición de políticas y comportamientos.

No fue sino hasta la última década del siglo XX que los contenidos del periodo técnico-científico-informacional se enquistaron en un país como Argentina, a raíz de la imposición del denominado "Consenso de Washington",⁴ que pretendía, según Carassai (1995: 119), hacer descansar el crecimiento económico de los países periféricos latinoamericanos sobre el paradigma del ajuste estructural neoliberal.

Los años noventa fueron escenario del despliegue de un nuevo conjunto de reformas estructurales orientadas a conciliar las estrategias de acumulación de los grupos económicos nacionales diversificados y de los grandes capitales extranjeros; la liberalización de las tasas de interés, la apertura

4. Como instrumento de dominación escogido por el capitalismo norteamericano para propagar su imperio en América Latina. Orientado a preconizar la drástica reducción de los déficit fiscales, la liberalización de las tasas de interés y los procesos de apertura importadora, privatización de las empresas estatales y "desregulación" de todos los mercados.

comercial y financiera, la estabilización y anclaje nominal del tipo de cambio, la "desregulación" del mercado interno y la enajenación de los monopolios estatales –tanto nacionales como provinciales– productores de bienes y servicios –ventas de activos, concesiones y licencias– construyeron así, las bases de sustentación de un ajuste estructural neoliberal que instauró y consolidó, en palabras de Morina y Velázquez (1999: 7), un perfil productivo social y territorialmente excluyente.

El Régimen de Convertibilidad, basado en la paridad nominal entre el peso argentino y el dólar estadounidense, diseñó un esquema de acumulación destinado a permitir el flujo irrestricto de divisas hacia los centros financieros internacionales y los acreedores externos. Solidariamente, y conforme la desgravación arancelaria y la apertura comercial se hacían más agresivas, las importaciones eran subsidiadas por un tipo de cambio que, al ser fijo y sobrevaluado, les permitió expandirse vertiginosamente.

Otro baluarte de la globalización de la economía, la creación del MERCOSUR como bloque comercial, supuso una "desaparición" de las fronteras nacionales determinada por la libre movilidad de capitales, mercancías y personas y la supresión de aranceles aduaneros entre los países-miembros; explotando los beneficios de operar en ese ámbito como si de una única nación se tratara, el capital usufructuaba la constitución de un marco jurídico relativamente apto y eficaz para ensayar una circulación a escala supra-nacional.

No obstante, el rasgo más emblemático de la época residió en la enajenación de la inmensa mayoría de las empresas estatales que habían sido creadas durante los años cuarenta. El contexto económico-político desempeñó, en tal sentido, un papel determinante: los grupos económicos nacionales pretendían la preservación de los distintos tipos de subsidios estatales legados por la fase anterior, en tanto que los acreedores externos, el capital financiero concentrado y la banca internacional reclamaban al Estado el reestablecimiento del pago de los servicios e intereses de la deuda externa; la privatización de los monopolios estatales productores de bienes y servicios fue, pues, la “prenda de paz” que concilió las estrategias de acumulación de unas y otras facciones hegemónicas (Azpiazu, 2003: 8-9 y 11).

So pretexto de recuperar la disciplina fiscal, sanear las finanzas públicas y reducir la pesada carga de la deuda externa, el Estado argentino se desprendió rápidamente de sus principales empresas, monopólicas o al menos líderes, en sectores tales como la aviación, telefonía, energía, petroquímica, siderurgia y ferrocarrilero, así como también de gran parte del sistema bancario, entre otros.

Suponiendo la configuración de un marco de “seguridad jurídica” y generosos beneficios fiscales, los Tratados Bilaterales para la Promoción y Protección de Inversiones Extranjeras (TBI) rubricados con algunas potencias alentaron el ingreso del capital extranjero en sectores productivos estratégicos; fomentando la reestructuración de ramas agrícolas y extractivas así como la modernización de ciertos segmentos industriales, esas

inversiones indujeron un indudable retorno a un modelo primario de producción y exportación, basado en el auge del petróleo, el gas y cultivos globalizados como la soja, la expansión agroindustrial, el *boom* de la minería y el desenvolvimiento de la industria automotriz, en su conjunto responsables de más de la mitad de las exportaciones argentinas.

La apertura importadora de la mano de la crisis de las economías regionales, la re-primarización económica, la racionalización del aparato burocrático estatal, el cierre masivo de pequeñas y medianas empresas, la incorporación del cambio tecnológico, la enajenación del patrimonio público y el desmantelamiento de los mecanismos de control e intervención estatal sobre el mercado laboral, trajeron, en consecuencia, que los niveles de desempleo se incrementaran rápidamente: la tasa de desocupación abierta, que en 1991 no superaba 6%, alcanzó 17.4% un cuatrienio después rebasando 18% hacia finales de la década (Morina, Velázquez y Gómez, 2004: 101), lo cual equivale a decir que, entre 1990 y 2001, ese flagelo creció casi 350%, a la par que las nuevas normas públicas reducían los costos empresariales e incrementaban el empleo precario.

El salario involucionó y, por tanto, la distribución del ingreso se deterioró sustancialmente, conduciendo a la expansión de la pobreza; de ahí que 20% más rico de la población –que en 1975 se apropiaba 41% de la riqueza generada– concentrara en 1998, 53% de los ingresos; paralelamente, el quintil más pobre –que antaño representaba 7.2%– apenas percibía 4.3%, en un marco en el que 10% de la población de mayores recursos –que

otrora concentraba 24% del ingreso— pasaba a acaparar 37% de esos recursos.

A finales del siglo XX, las cifras de la pobreza ya sextuplicaban los valores registrados en 1974 (3.2%), duplicando los niveles verificados en 1980 (Morina, Velázquez y Gómez, 2004: 103). Si la pobreza creció 31% entre 1998 y 2001, la indigencia hizo lo propio 89%, en un marco signado por la quintuplicación de la deuda externa. Esta dificultad económica que llegó a rebasar el umbral de los 140,000 millones de dólares, fue el vector que operó para dar a luz, en los albores del siglo XXI, a la peor crisis económica y social jamás desatada en la historia argentina, poniendo fin a algunos rasgos primordiales del modelo.

Quiroga (1985: 18) asevera que las crisis de los modelos de acumulación operan a menudo como elemento regenerador de las relaciones preexistentes de dominación y hegemonía; de ahí que sea necesario distinguir entre las rupturas reales y aparentes —continuidades— del curso del proceso modernizador. Por un lado, el Régimen de Convertibilidad llegó a su fin, la moneda nacional fue devaluada, se implementaron mecanismos de control de las finanzas, el sector industrial cobró nuevos bríos y cesó, en principio, el pago de los compromisos externos; por otro lado, las relaciones financieras con los centros mundiales de poder y riqueza fueron posteriormente reestablecidas; no existieron modificaciones, siquiera superficiales, en la estructura tributaria heredada, las leyes asociadas a la inversión extranjera directa o la estructura arancelaria del comercio exterior; el

proceso de enajenación de los sectores estratégicos de la economía doméstica fue consumado y agotado, el paradigma de la “desregulación” y las privatizaciones continuó —con excepciones— tan vigente como antaño.

Las grandes empresas lograron preservar sus exorbitantes rentas de privilegio⁵ con arreglo a la depreciación de la moneda nacional y la regresión hacia un modelo primario de exportación, que en vez de revertirse, se afianzó con renovado ímpetu determinando que los cultivos globalizados (sobre todo la soja), los hidrocarburos (gas y petróleo) y la minería metálica (oro, plata y cobre) pasaran a explicar casi 70% de las exportaciones argentinas; de ahí que, para Thwaites y López (2004: 114), nada sustantivo haya sido alterado en lo referente al poder social y político consolidado bajo el neoliberalismo.

Se corrobora, en el contrapunto hasta aquí esbozado, la hipótesis de un autor como Santos (2000: 33-34), quien explica que el medio técnico-científico-informacional es un periodo, al mismo tiempo, una crisis más permanente que coyuntural, que exige constantes redefiniciones y arreglos. Sucintamente desarrollado, éste el contexto en el que se desenvuelve el juego dialéctico entre la creación de riqueza y pobreza en el territorio (Santos y Silveira, 2001: 203), y que opera como telón de fondo para el análisis de la reestructuración de la red urbana argentina.

5. Ya no sólo por omisión, sino también por acción u obra del Estado, que pasó a asistirlos y subsidiarlas activamente.

B. Tendencias y cambios recientes en la urbanización argentina: las formas del sistema

El sistema urbano argentino, en vez de permanecer incólume ante los cambios técnicos, políticos, económicos y sociales suscitados a raíz de la irrupción, en el país como un todo, de la lógica espacial intrínseca al periodo contemporáneo –el denominado medio técnico-científico-informacional–, experimentó una ostensible metamorfosis estructural en cuanto a su configuración y desenvolvimiento. Sin embargo, su evolución parecería, en principio, revelar tendencias duales, incluso dicotómicas; por un lado, la urbanización acentuó su predominio, incrementando sus niveles de 87.0% registrado en 1991, al 90.3% verificado en 2001; por otro lado se asistió a una desaceleración del ritmo de crecimiento del fenómeno, toda vez que la variación relativa del número de residentes en ciudades fue de apenas 12.7% (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos INDEC, 2003).

Y es que, si bien los niveles de urbanización se volvieron en cierto modo críticos, la red exhibe rasgos similares a los de otros países latinoamericanos, lo cual permite trazar analogías con el caso brasileño, donde las nuevas técnicas de producción y circulación y el uso de medios innovadores de transporte e información permitieron a buena parte de la población vencer las mismas distancias en menor tiempo haciéndose menos necesaria la proliferación de núcleos urbanos (Santos y Silveira, 2001: 279).

Otra cuestión señalada por esos autores, que ciertamente el caso argentino comparte, es que el simple examen, a nivel provincial, de los números de la urbanización, podría brindar la falsa impresión de una evolución contradictoria; no obstante, lo que en principio aparece como una evolución divergente es, en verdad, un movimiento convergente. Originada en la división territorial del trabajo, una única racionalidad es impuesta en todos los subespacios para privilegiar, en un momento dado, a algunos en detrimento de otros, de lo cual dimana que la lógica sea común, y los resultados regionales y locales, diferentes (Santos y Silveira, 2001: 273-274).

Obstando a la capital de la república,⁶ Tierra del Fuego (97.1%), Santa Cruz (96.1%) y Buenos Aires (96.4%) explicaban los elevados guarismos generales, en tanto que Chubut (89.5%), Santa Fe (89.2%), Córdoba (88.7%), Neuquén (88.6%), San Luis (87.1%), San Juan (86.0%), Jujuy (85.0%) y Río Negro (84.4%) del INDEC 2003, presentaban cifras situadas en torno a la media nacional. Otras áreas, más modernizadas que algunas de las ya citadas, parecían negar el pleno imperio de esa lógica fundada en la urbanización masiva del territorio, tal es el caso de una jurisdicción como Mendoza, por ejemplo, donde sólo 79.3% de la población moraba en ciudades.

Al ser la ciudad una entidad mucho menos permeable a la rápida y masiva difusión de los vectores de la globalización en curso respecto al campo, la renovación de las formas-contenido del espacio se torna más difícil en las áreas más melladas

6. Ver Anexo cartográfico para la localización de las provincias.

por el proceso modernizador, ya que en virtud de la espesura alcanzada por su división interna del trabajo, la urbanización suele desarrollarse más lentamente; así pues, el aumento relativo de la población urbana en Córdoba y Mendoza fue 14.3% y 13.9%, y en Buenos Aires y Santa Fe, 11.2% y 10.1%, respectivamente.

Otros espacios, en cambio, mucho menos marcados por la impronta modernizadora propia de épocas pretéritas, experimentan ritmos de urbanización más acelerados, incluso frenéticos: en Tierra del Fuego, las cifras correspondientes se incrementaron 45.8%, y en La Rioja, 44.3%, lo cual determinó que, en esta última provincia, la proporción de población residente en ciudades pasara de 75.7% a 83.2%. Son solidaridades entabladas entre la concentración demográfica en las capitales provinciales y la escasez de fermentos urbanos en el resto del territorio provincial las que, en principio, parecen configurar situaciones similares en Salta (31.6%), Santiago del Estero (30.4%), San Juan (25.6%) y Jujuy (24.4%).

Otro paradigmático caso es de La Pampa, donde, a raíz de un crecimiento relativo de 26.2%, la urbanización aumentó su incidencia sobre la población: de 74.2% a 81.3%. Sobresalen, asimismo, algunas provincias del norte argentino, como Chaco, Misiones, Corrientes, Tucumán y Catamarca, las cuales observaron que sus niveles de urbanización, situados por debajo del promedio general, no consiguen ocultar, en un análisis más detallado, que en todos los casos la población urbana ha aumentado al menos, una quinta parte respecto de

los guarismos verificados a inicios del último período intercensal.

Así, Chaco, Tucumán y Corrientes, cuyos niveles de urbanización no alcanzaban 80%, exhibían aumentos de 36.3%, 21.5% y 25.3%, respectivamente; paralelamente, en Catamarca y Misiones, donde la proporción de población urbana apenas conseguía rebasar 70%, el crecimiento relativo del fenómeno se situaba en el orden de 34.3% y 37.8% (INDEC, 2003).

Sólo Santiago del Estero (66.1%) y sobre todo Formosa, parecían negar, en ese marco, el absoluto imperio de la lógica urbana, testimoniando cierta regresión de las respectivas redes provinciales: si 79.0% de la población formoseña residía, en 1991, en ciudades, el último censo de población sólo registraría 77.7%, revelando, además, una sensible variación negativa (-44.7%).

Solidaridades heredadas entre factores pretéritos, como el desenvolvimiento de actividades agropecuarias marginales, la persistencia de la pobreza extrema y la reproducción del fenómeno de la expulsión demográfica, son afianzadas y agudizadas en este período para producir, en esa última provincia, tal rareza, configurándola, por tanto, en un espacio irracional, de escasa aptitud para la difusión de la lógica hegemónica.

Omnipresente tendencia del sistema urbano nacional, gran parte de la población argentina aún continúa concentrada en la pampa húmeda; la Capital Federal y el GBA, junto a las provincias de Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y al interior bonaerense, daban cuenta en 1991 de 69.2% de la población argentina residente en ciudades, cifra levemente inferior a la registrada diez años después (71.2%).

No obstante, otras jurisdicciones, como Mendoza, Tucumán, Salta, Chaco, Corrientes y Misiones, han ganado peso relativo –pasaron de representar 15.0% de la población urbana argentina a acaparar 16.6%–. Se afianza así, el secular perfil macrocefálico del mapa urbano actual testimoniado, sobre todo, por la concentración de más de la tercera parte de la población argentina en el conurbano bonaerense, representando apenas 1.5% de la superficie del territorio nacional.

Ese espacio metropolitano adquiere, ciertamente, una jerarquía global, toda vez que después de México y San Pablo, despunta, según Silveira (1999: 349), como la tercera megaciudad de América Latina y una de las veinte megaciudades del mundo.

Otros datos empíricos atestiguan, corroboran y refuerzan la posición neurálgica de la Capital Federal y el GBA lo que concierne al comando de la red urbana doméstica. Así pues, si en 1970 la relación entre la cúspide del sistema y la ciudad que le seguía era de 10.4 a 1 (Buenos Aires-Rosario), en los albores del siglo XXI esa proporción casi no se había modificado, situándose en el orden del 10.1 a 1 (Buenos Aires-Córdoba) (Velázquez, 2006: 38). Se asiste, pues, a la consolidación de una tendencia hegemónica, heredada del pasado, en cuanto a la organización de la red urbana argentina: la relación de polarización entre pocas ciudades.⁷

Esa misma relación se reproduce, a veces de modo extremo, en el interior del país, atestiguando un sustancial

7. En efecto, la relación de primacía urbana en nuestro país siempre ha tenido como protagonistas a Buenos Aires y a Córdoba en 1980 (10.1 a 1), 1991 (10.2 a 1) y 2001 (10.1 a 1) (Velázquez, 2006: 38).

reforzamiento de las diferencias demográficas de las ciudades-cabeceras regionales y las capitales provinciales con el resto del territorio. Solidaridades tejidas entre la redistribución interprovincial y la concentración intra-provincial de población forjan un esquema de primacía de la red urbana nacional que repite, a veces exacerbadamente, la lógica macrocefálica al interior de cada una de las jurisdicciones que la integran; como un mercado indiferente a las posibilidades de aquellos lugares considerados letárgicos, desde la óptica de los agentes hegemónicos, acaba creando una densidad menor de la división del trabajo regional y, por consiguiente, una mayor concentración urbana, el resultado no es otro que la escasez de fermentos urbanos en el resto del territorio (Silveira, 1999: 356), lo cual permite referirse a un proceso combinado de trasvase y reproducción de la tendencia general, el cual puede ser evidenciado, en los segmentos y escalas inferiores del sistema, a partir del análisis de la importancia relativa de las urbes capitalinas y/o de las ciudades medias regionales.

Son numerosas, en ese sentido, las capitales o ciudades-cabecera que concentran alrededor de la mitad de la población urbana provincial, tal como se observa en los casos de Salta (43.3%), San Luis (44.0%), Córdoba (44.6%), San Salvador de Jujuy (45.5%), La Rioja (47.0%), Neuquén-Plottier (47.4%), San Fernando del Valle de Catamarca (50.2%), Mendoza (53.7%), San Miguel de Tucumán (55.2%) y San Juan (67.1%).

Son paralelamente raras, aquellas jurisdicciones en las que los departamentos capitalinos no representan, cuando menos,

la tercera parte de los guarismos distritales (INDEC, 2003). Apenas Río Negro, Chubut, Misiones y Entre Ríos escapaban a ese contexto general, en virtud de una división interurbana del trabajo que, en vez de centralizarse en una única ciudad, se empirizaba en dos o tres núcleos poblacionales –Bariloche, General Roca y Cipolletti, Comodoro Rivadavia, Trelew y Puerto Madryn, Paraná y Concordia– mediante un reparto territorial de las actividades y las funciones; localidades fueguinas –Río Grande, Ushuaia– e importantes centros pampeanos –Santa Rosa y General Pico– testimoniaban también, cierta semejanza en cuanto a esa peculiar configuración de las formas.

Otra aproximación que puede ser ensayada para estudiar empíricamente, a nivel formal, la desigual configuración de las redes urbanas provinciales, atañe al análisis de la distancia o brecha cuantitativa entre las distintas aglomeraciones, proporcionando pistas heurísticas para ulteriores interpretaciones. Como el sistema urbano es un testimonio de la espesura y modernidad de la división territorial del trabajo, los rasgos macrocefálicos de la red urbana nacional conducen, pues, a presumir la escasez de fermentos urbanos y también, de actividades hegemónicas en gran parte de las respectivas jurisdicciones, hipótesis especialmente válida en el interior de aquellas provincias donde convergen la concentración demográfica en pocos núcleos, la discontinuidad y la rareza del poblamiento y la existencia de vastos intersticios poblados por divisiones del trabajo pretéritas poco prósperas, hundidas en el letargo y la decadencia.

En Argentina, la inmensa mayoría de los centros capitalinos emerge rodeada de una periferia de gérmenes urbanos sumidos en un estado de desarrollo prácticamente embrionario, separados de los primeros, en cuanto a dimensiones cuantitativas y jerarquía funcional, por un insalvable abismo. Si en Formosa el tamaño demográfico de la ciudad capital es 4.2 veces superior al de Clorinda, en Corrientes la citada relación es de 4.8 a 1 con respecto a Goya; en Chaco, Roque Sáenz Peña es 4.7 veces más pequeña que el Gran Resistencia; Posadas –que apenas explica 29.0% de la población urbana misionera– supera holgadamente a Oberá (5.4 a 1); la capital riojana casi quintuplica el tamaño de Chilecito, cuya población, a su vez, duplica los guarismos de la tercera ciudad provincial (Chamical).

Salta septuplica a San Ramón de la Nueva Orán, el Gran Mendoza casi octuplica a San Rafael y San Salvador de Jujuy quintuplica a San Pedro (INDEC, 2003). Si cabe, aún más extremos son los nexos de primacía forjados entre algunos aglomerados como Santiago del Estero-La Banda y Termas de Río Hondo (11.8 a 1), el Gran Catamarca y Andalgalá (15.1 a 1), el Gran San Miguel de Tucumán y Concepción-San Roque (15.9 a 1), y el Gran San Juan y Caucete (17.2 a 1).

No es este un fenómeno impropio de la Patagonia, ni siquiera de la pampa húmeda, a pesar de la espesura de una división territorial del trabajo largamente elaborada a lo largo de los siglos. Y es que en Neuquén el primer aglomerado urbano es 4.9 veces más grande que Cutral Có-Plaza Huincul;

paralelamente, la envergadura de la capital cordobesa es 9.2 veces superior a la de Río Cuarto –que apenas explica 4.9% de la población provincial–. Incluso el Gran Buenos Aires, al acaparar 67.1% de los habitantes bonaerenses, se revela 13.4 veces más grande que la capital provincial –La Plata, con sólo 5.0% de los guarismos distritales–.

Otros casos, como los de La Pampa, Santa Fe y San Luis, presentan relaciones de macrocefalia poco significativas en lo que atañe a la brecha existente entre las dos primeras aglomeraciones provinciales; sin embargo, esa división interurbana del trabajo, en principio más densa, no impide la emergencia de verdaderos vacíos demográficos en el territorio.

Así pues, una localidad como General Pico es 4.4 veces más grande que la tercera ciudad pampeana –General Acha–; el tamaño demográfico de Santa Fe quintuplica con holgura al de Reconquista (5.5); y en San Luis, donde la segunda ciudad (Villa Mercedes) reúne 26.3% de la población, se verifica una relación de 8.7 a 1 respecto de Merlo. Ostentado por las ciudades que encabezan las jerarquías de las respectivas redes urbanas provinciales en cuanto a la aglomeración de población y la superposición de vectores modernos, ese papel hegemónico es el que autoriza a hablar de la reproducción regional y local del perfil macrocefálico que impera en todo el sistema urbano argentino.

C. De las grandes ciudades a la urbanización concentrada y aglomerada: funciones y jerarquías de la red

Indispensable es, para el estudio empírico del sistema urbano, contar con una clasificación fundada, en principio, en datos poblacionales, sólo así es posible establecer las respectivas jerarquías demográficas y funcionales de cada una de las ciudades que integran la red. Originariamente propuesto por Santos (1993: 69) y más tarde aplicado por Silveira (1999: 351) al caso argentino, el esquema aquí adoptado enfoca el análisis, sobre todo, en las “metrópolis nacionales”, las “segundas metrópolis” y las “metrópolis regionales”, así como también las “ciudades medias o intermedias”;⁸ de ahí la posibilidad de indagar acerca de los procesos de metropolización –es decir, el dinamismo o crecimiento de las grandes urbes– y desmetropolización, signado por fenómenos tanto de urbanización concentrada –definida a partir de la multiplicación del número de las ciudades medias– como de urbanización aglomerada –ocasionada en virtud del incremento de la población y del número de los núcleos que superan los 20,000 habitantes– (Santos, 1993: 69).

Son estos fenómenos que adquieren, ciertamente, relevancia a partir del período técnico-científico, cuando las metrópolis latinoamericanas sufrieron una ostensible reestructuración en sus

8. Con 10 millones de habitantes o más; más de un millón de habitantes, entre 500 mil y un millón y de 100 mil a 500 mil habitantes respectivamente.

aspectos formales y funcionales que decantó en la progresiva sustitución de la clásica morfología del pasado –otrora bien definida y delimitada como un espacio compacto que se expandía en “mancha de aceite”–, por un patrón de crecimiento reticular, de bordes difusos e irregulares (Ciccolella, 2000). Y, mientras tal suerte de transición o pasaje de territorios estructurados y reproducidos vía la articulación horizontal de los lugares a un territorio verticalizado donde las redes principiaban a desempeñar un papel fundamental en cuanto a la configuración, desenvolvimiento y funcionamiento de los territorios latinoamericanos condujo a la eclosión de verdaderos archipiélagos metropolitanos, los fenómenos de la macro-urbanización y la metropolización ganaron una importancia y una significación crecientes, proceso al cual un país como Argentina no resultó en absoluto ajeno.

Según explica Santos (1996a: 216), la gran ciudad es un enorme espacio banal y, como tal, despunta como el más significativo de los lugares, de ahí que la metrópoli pueda ser definida como un hecho urbano superior (Brandão, 2006: 2), de naturaleza compleja y multidimensional. Su singularidad o, más bien, su rareza, le permite regular los calendarios y los usos del territorio, pues la acumulación de densidades demográficas, pródigas infraestructuras y una frecuente y espesa movilidad demográfico-espacial internamente desarrollada, da lugar a los movimientos pendulares necesarios para la reproducción de la organicidad del tejido de las grandes conurbaciones.

No obstante, las metrópolis del presente ya no son análogas a las del pasado, no sólo en virtud de la metamorfosis acaecida en los años setenta explicada en el párrafo anterior, sino en razón de otros cambios estructurales operados en la lógica de estructuración del espacio geográfico. Durante mucho tiempo, la metrópoli fue definida, en los países subdesarrollados, como el lugar por excelencia de concentración de los recursos nacionales y, por añadidura, como sede de la más elevada densidad capitalista.

Actualmente, y gracias al fenómeno de las redes y la difusión de la modernidad en el territorio, el capital nuevo se difunde más rápida y profundamente en el campo que en la ciudad donde el propio ambiente construido se erige, frecuentemente, en un obstáculo para la difusión de las racionalidades intrínsecas a esta época (Santos, 1996a: 218-219). Los espacios metropolitanos irradian un magnético y poderoso influjo que, determinado por su multifuncionalidad y por la polarización de actividades hegemónicas, no sólo los convierte en campos fértiles para la diversificación productiva y la diferenciación social, sino que los transforma en vectores de aceleración de los flujos, intensificando la división social del trabajo y agilizando el ritmo de acumulación del capital (Brandão, 2006: 2).

Anárquica, la gran ciudad se nutre de un vasto número de desplazamientos y una intensa generación de relaciones interpersonales, alentando, con su gama infinita de situaciones

sociales y económicas, más movilidad y encuentros, acordes o proporcionales al tamaño desmesurado de las metrópolis y al menor coeficiente de 'racionalidad' con que opera la máquina urbana que la articula (Santos, 1996a: 216).

Es esa aglutinación y convergencia de vectores en las metrópolis la que lleva a un autor como Brandão (2006: 6) a aseverar que éstas son unidades privilegiadas del proceso de reproducción social, toda vez que configuradas como verdadero centro de poder y riqueza de un país, desempeñan el papel de una verdadera fuerza colectiva de producción, relativamente autónoma en lo que respecta a la reproducción del sistema económico nacional.

En las grandes metrópolis, los circuitos de producción, distribución, consumo e intercambio permiten la convivencia de distintas actividades dotadas de diferentes niveles de capital, técnica, organización y trabajo; todas las formas y funciones pueden, de hecho, instalarse, convivir y prosperar, generando múltiples diferenciaciones internas, a menudo plasmadas en la configuración de los llamados circuitos superiores e inferiores de la economía urbana (Santos, 1979). Esa dualidad, nacida de la ausencia de una capacidad real de generación de puestos de trabajo que permita la absorción por parte de los sectores modernos, de toda la fuerza laboral, forja en las grandes ciudades marcados contrastes, objetivados en la coexistencia espacial de la riqueza y la pobreza extremas y en el contrapunto entre una creación limitada de racionalidad y una producción ilimitada de irracionalidad y escasez.

No obstante, sólo las metrópolis pueden recibir y acoger gente pobre y ofrecerle alguna especie de ocupación (Santos y Silveira, 2001: 286), aun cuando se propague por doquier la pobreza, la miseria, la exclusión, la marginalidad y la segregación. Se puede, por consiguiente, admitir que, en las condiciones contemporáneas, y permeadas por una infinidad de situaciones intermedias, existen dos situaciones-tipo en todas las grandes ciudades: por un lado, una economía explícitamente globalizada, producida por encima; por otro lado, un sector popular, producido desde abajo: ambos forjan, en conjunto, un gran sistema, donde se superponen diversos subsistemas de cooperación y solidaridad (Santos, 1996a: 219).

Se trata, a su vez, de una diferenciación que se propaga al resto del territorio, reproduciéndose en gran parte del sistema urbano nacional y las redes urbanas provinciales, toda vez que los respectivos vectores hegemónicos cristalizan y afianzan a cada metrópoli como una peculiar configuración regional cohesionada, epicentro del dinamismo socio-económico y de la fuerza expansiva de la riqueza material (Brandão, 2006: 6) que produce y recrea, en el espacio nacional y a diferentes niveles, múltiples segmentaciones.

Otra cuestión a subrayar es la institución, en el seno de la red metropolitana mundial, de una nueva jerarquía urbana globalizada forjada al calor de la difusión, común a todas las grandes ciudades del planeta, de los cambios estructurales impulsados por la expansión de la lógica espacial propia de este medio técnico-científico-informacional. Son varios los

autores (Ciccolella, 2000; Torres, 2000; Finkelievich, 2001) que apuntan que son tres los nodos hegemónicos o dominantes que sobresalen en el concierto global de mega-ciudades: Nueva York, Londres y Tokio; a ellos se añaden algunos centros neurálgicos especializados –Chicago, Singapur, etcétera– y un número ostensiblemente mayor de puntos valorizados – Hong Kong, Osaka, Francfort, París, Zurich, Los Ángeles, San Francisco, Sydney, Amsterdam, Milán, entre otros–, secundados por los llamados ‘nodos regionales’ de la economía urbana mundializada, entre los cuales se hallan Madrid, Barcelona, San Pablo, México, Taipei, Bangkok, Moscú y Buenos Aires.

Situándose en la cúspide de la red urbana argentina al asumir el rango de única metrópoli nacional –con 12.047 millones de habitantes (INDEC, 2003)–, el Gran Buenos Aires despunta como lo que Prévôt (1996: 80) define como “ciudad de tercer tipo”, próxima y a la vez distante, respecto de Europa en lo que atañe a sus aspectos formales y funcionales.

El gigantismo demográfico de la metrópoli nacional, al operar como causa y efecto retroalimentador de múltiples jerarquías cuantitativas y cualitativas, es funcional a la atracción para capitales domésticos y globales, hechizados por factores como la configuración del mayor mercado de consumo del país, la notable diversidad funcional del tejido económico, la espesura de la división urbana del trabajo y la inigualable densidad de fuerza laboral calificada.

Su carácter central de acuerdo con el trazado, desenvolvimiento y comando de las redes hegemónicas de

transporte y comunicaciones, su papel de regulación en cuanto a los aspectos jurídicos y políticos del territorio, su rol respecto a la articulación de sistemas de acciones transnacionales e internacionales y su carácter de principal lugar de producción de la logoesfera y de la eidesfera, a través, sobre todo, de sus canales de televisión, sus estaciones de radio y la producción de discursos y publicidades, contribuyen a diseñar una geografía de los controles en el territorio nacional, catapultando al conurbano bonaerense en una verdadera región del mandar (Silveira, 1999: 354-355).

Otra cuestión insoslayable para entender apropiadamente el reforzamiento del poder de comando de la principal metrópoli argentina, se vincula con la reestructuración de la red financiera y sobre todo, bancaria, que acentuó la lógica macrocefálica y también expoliativa de la gran ciudad: de acuerdo con datos del Banco Central de la República de Argentina (en adelante BCRA), si en 1991 el Gran Buenos Aires concentraba 49.9% de los depósitos y 55.5% de los préstamos, en 2001 acaparaba 51.8% y 69.7%, respectivamente (BCRA, 2006), aportando una participación relativa menor a la red bancaria y a su vez drenando, a expensas del resto del territorio, una mayor cantidad de recursos financieros (ver anexo cartográfico).

Como un nivel intermedio de articulación entre las perspectivas locales, regionales, nacionales y mundiales (Brandão, 2006: 6), la escala metropolitana se revela dual: por un lado, la metrópoli nacional es también mundial, toda vez que al participar de una red de ciudades globales, se adapta a las

demandas de la economía actual y aloja los objetos modernos y a las acciones complejas de la nueva división internacional del trabajo, adecuándose a las exigencias del nuevo orden global – al cual sirve paralelamente– impone al resto del territorio modos hegemónicos y a veces únicos de hacer; y, finalmente, tiende a separarse o desconectarse, como sugiere Finquelievich (2001), del espacio nacional.

Santos y Silveira (2001: 253-254) hacen notar, al estudiar la urbanización brasileña, que una división del trabajo más extendida en el territorio consagra cierto centrifugismo, pero que éste refuerza un centripetismo que beneficia a la metrópoli. Y lo mismo ocurre en un país como Argentina, donde en comunión con la lógica impuesta desde el exterior por los sistemas globales de acción, la Capital Federal comanda, a través de técnicas y normas, el reparto territorial de todas las actividades, incluso de aquellas que se encuentran ausentes dentro de sus contornos: gracias al monopolio jurídico metropolitano, incluso ciertos sistemas de acciones globales son obligados a someterse a las normas de la nación, lo cual empero, no impide a los primeros delinear las fronteras y las normas nacionales; mas esa ciudad global, al concentrar la producción y difusión de mensajes y órdenes, detenta un monopolio ideológico y simbólico, reproduciendo una psicosfera que opera a partir de la modificación del consumo social y político que le permite afianzar la presencia metropolitana en todo el territorio nacional (Silveira, 1999: 355).

He aquí, pues, la disolución de la metrópoli en el territorio de la que hablan Santos y Silveira (2001: 141), cuya presencia simultánea e instantánea en todos los lugares procura concretar la difusión de un modo hegemónico de vida que sea funcional respecto del orden social establecido. La metrópoli difunde pues, en sí misma y en el resto del país, un patrón de consumo y un modo de vida, instaurando un cotidiano unificado y pretendidamente homogéneo, que se reproduce en toda la red urbana, tornándose responsable por la construcción, en las otras ciudades, de una materialidad adecuada a la realización de finalidades económicas y socio-culturales que poseen un impacto causal sobre todos los demás vectores (Santos y Silveira, 2001: 206).

Es en razón de todo lo hasta aquí expuesto que la Capital Federal y su conurbación se erigen en lo que Silveira (1999: 415) llama área luminosa de primer grado, en lo que Santos y Silveira (2001: 263-264) definen como “espacio del mandar”, responsable por el comando del país como un todo. No obstante, la empirización de la metrópoli en todas y cada una de las ciudades del sistema suele ser incompleta y fragmentada, revelando una vez más, el carácter selectivo de la lógica espacial de la modernidad actual; pese a la semejanza morfológica y funcional que efectivamente pueda verificarse entre distintos pedazos de una ciudad cualquiera y la metrópoli nacional, la diversidad siempre permanece en cierta medida, no pudiendo ser por completo suprimida.

Sólo el Gran Córdoba y el Gran Rosario pueden aspirar a secundar a la metrópoli nacional en cuanto a hegemonía cuantitativa y cualitativa, configurándose en segundas metrópolis: con más de un millón de habitantes cada una,⁹ ambas ciudades desempeñan un papel complementario en la emisión de teleacciones e información, la regulación de la división territorial del trabajo y los sistemas reticulares de producción y circulación que, a criterio de Silveira (1999: 355), les permite configurarse, junto al Gran Buenos Aires, en puntos de rareza, espacios centrales y espesos del medio técnico-científico-informacional.

Situadas a mayor distancia, pero reproduciendo parcialmente lógicas y contenidos análogos a los ya descritos en el caso anterior, las metrópolis "regionales" afianzan su relevancia; así pues, Mendoza, San Miguel de Tucumán, La Plata y Mar del Plata desarrollan funciones de comando técnico y estructuración del espacio contiguo, derivadas tanto de su atractivo para el capital nacional y global como de su condición de nodos-clave de la producción y la circulación.

No obstante, todas las metrópolis argentinas sufren una fragmentación interna: a factores de diferenciación como los usos del suelo valorizados o la presencia mayoritaria de ciertos sectores sociales (las formas), se añaden ahora, el mayor o

9. En Argentina, la categoría de ciudades intermedias históricamente ha comprendido a ciudades cuya población oscila entre 50,000 y 1'000,000 habitantes. Sin embargo, desde 1991 metrópolis como Córdoba y Rosario han superado ese umbral, no obstante lo cual la mayoría de los estudiosos de la problemática concuerdan en continuar considerándolas como tales (Velázquez, 2006: 38). No acordando con tal convención, en este ensayo se empleará la clasificación de la red urbana propuesta por Santos (1993).

menor grado de articulación (función) de cada porción de su tejido al orden espacial (estructura) y a la nueva red global de relaciones (jerarquía). De ahí que, para Santos y Silveira (2001: 287), los espacios metropolitanos sean el lugar donde se realizan o desenvuelven las sucesivas adaptaciones a lo moderno, con frecuencia sin mayor atención a lo preexistente.

Obediente a las estrategias de acumulación desplegadas por el capital extranjero y sus decisiones de inversión, esa geografía metropolitana aloja algunas de las "funciones-comando" (gestión, coordinación y control) de la economía nacional e incluso mundial, adoptando una fisonomía globalizada que le confiere rasgos formales y simbólicos, plasmados tanto en la reorganización de los procesos residenciales como en el surgimiento de nuevas tipologías edilicias; los nuevos sistemas de objetos, empirizados a imagen y semejanza del mundo, podrían pertenecer a cualquiera de las grandes capitales norteamericanas o europeas. Se aglutinan, en esas ciudades, múltiples jerarquías funcionales:

- Córdoba, epicentro de la agricultura moderna, de la industria automotriz y de una diversificada economía de servicios;
- Rosario, sede del principal –después de Buenos Aires– puerto fluvio-marítimo del país, cabecera de un nutrido mosaico de ramales ferroviarios e íntimamente articulada al complejo exportador de oleaginosas más grande del planeta;

- Mendoza, capital vitivinícola por excelencia del territorio argentino;
- San Miguel de Tucumán, nodo de comando del noroeste argentino, histórico centro azucarero y actualmente sede del complejo de industrialización y exportación de limones más importante del mundo;
- La Plata, capital de la provincia más importante del país y, después de la Capital Federal, la ciudad más espesamente poblada por los vectores del sistema político y jurídico nacional; y
- Mar del Plata, bastión de buena parte de la industria pesquera argentina, principal centro turístico del país y núcleo, por tanto, de un diversificado sector terciario.

No es, por añadidura, un factor desdeñable o un dato casual que todas esas ciudades sobresalgan como puntos neurálgicos de la red financiera argentina: conforme a estadísticas oficiales (BCRA, 2006), ellas centralizaban 9.9% y 12.4% de los créditos y depósitos bancarios, despuntando asimismo, como sedes de las más importantes plazas bursátiles, sólo superadas por la Capital Federal. Sin embargo, algunas de esas ciudades manifiestan cierta irracionalidad, en virtud del agudo proceso de industrialización sufrido a partir de la década de 1990.

En el GBA, La Plata, Bahía Blanca, Rosario y Mendoza, así como la penetración de firmas extranjeras y grupos económicos nacionales en la siderurgia, la petroquímica y las aceiteras, alentaron una racionalización de la producción y

fomentaron una reorganización de las relaciones entre capital y trabajo caracterizada, sobre todo, por la tecnificación y la automatización.

Si Córdoba y Santa Fe padecieron la crisis de la industria de maquinaria agropecuaria y en el primer caso, la reorganización de la industria automotriz, Rosario se tornó víctima de las solidaridades entabladas entre factores como la avalancha importadora, la mecanización del trabajo agroindustrial, la crisis de la industria metal-mecánica, la reestructuración técnica y territorial de la fundición Acindar –suscitada a raíz del influjo del régimen de promoción industrial puntano– que, según Rofman (1997: 91-122), acabaron con más 25% del empleo manufacturero local. Obstando tales singularidades, todas ellas despuntan, empero, como áreas de luminosidad secundaria, constituyéndose en sedes ‘regionales’ de regulación del territorio.

No siendo en modo alguno excluyentes, sino más bien complementarios, los fenómenos de metropolización y desmetropolización de la red urbana se dan cita en el territorio argentino, desarrollando un movimiento solidario y concomitante, y también, desigual y combinado. Son, claro está, las ciudades más importantes, desde la capital nacional hasta las llamadas ‘cabeceras regionales’, las que protagonizan una tendencia al reforzamiento de la macrocefalia preexistente, en tanto que las aglomeraciones intermedias parecen dar cuenta del fenómeno inverso.

Se afianza así una tendencia iniciada en los años setenta, pues la Capital Federal volvió a reducir su número de habitantes

durante el último período intercensal, mas la población drenada se apiñó en las coronas del GBA —que creció 7.8%—, de suerte que esa expulsión demográfica (-6.4%) debe ser, como pretende Velázquez (2006: 38-39), conceptualmente interpretada más como una “mudanza” que como una migración; eso obliga a considerar a ese —en apariencia— movimiento de dispersión como un flujo de re-concentración. En solidaridad con esa situación, el reparto geográfico del crédito hipotecario mutó acorde a ese devenir, pues la merma sufrida por la Capital Federal fue compensada por la expansión suscitada en la provincia de Buenos Aires (BCRA, 2006), especialmente en su conurbación.

En el interior del país, la relativa lentitud y debilidad del crecimiento urbano provincial enmascaran el dinamismo de algunas metrópolis secundarias y regionales: la población rosarina y marplatense se incrementó 3.6% y 5.7%, en tanto que Mendoza (9.6%), Córdoba (11.4%) y San Miguel de Tucumán (18.3%) hicieron lo propio con mayor ímpetu. Siempre eclipsado por el gigantismo y la proximidad del GBA, hasta el Gran La Plata experimentó un aumento de 6.1% (INDEC, 2003).

El crecimiento de una metrópoli secundaria como Córdoba fue, expresado en términos absolutos, casi idéntico a los guarismos verificados en la segunda urbe de esa jurisdicción (Río Cuarto). Similar variación era, en el Gran San Miguel Tucumán, 2.5 veces superior a las cifras poblacionales registradas en la siguiente ciudad de la red provincial (San Roque). Son, en suma, todos guarismos y relaciones que denotan o ilustran una inequívoca tendencia metropolizadora.

No obstante, las ciudades medias y pequeñas, al ser llamadas a colaborar con la reproducción de la división territorial del trabajo, ganaron nuevas camadas de población y así, lograron incrementar su número, testimoniando con arreglo al soporte teórico-metodológico aquí aplicado, un movimiento de desmetropolización. Se amplió en tal sentido la urbanización concentrada; en efecto, las aglomeraciones de tamaño medio pasaron, entre 1991 y 2001, de 19 a 22 unidades y la población en ellas residente creció 22.1%, aumentando así su participación relativa sobre el sistema urbano argentino.

Así pues, San Rafael (Mendoza), Santa Rosa-Toay (La Pampa) y Tandil (Buenos Aires) son los nuevos centros recientemente añadidos a una constelación más antigua de ciudades, constituida por la mayoría de las capitales distritales —Salta, Santa Fe, San Juan, Resistencia (Chaco), Santiago del Estero-La Banda, Corrientes, Neuquén-Plottier, Posadas (Misiones), San Salvador de Jujuy, Paraná (Entre Ríos), Formosa, San Fernando del Valle de Catamarca, San Luis, La Rioja, Comodoro Rivadavia (Chubut)— y algunos de sus nodos secundarios —Bahía Blanca (Buenos Aires), Río Cuarto (Córdoba), Concordia (Entre Ríos), San Nicolás (Buenos Aires)—.

Esas ciudades, caracterizadas sobre todo por su condición de albergue para numerosos contingentes de las clases medias, que con frecuencia acaban tornándose indispensables para la consecución de una producción industrial y agrícola de cuño globalizado, suelen encabezar, empero, un proceso de concentración urbana y centralización demográfica que se

reproduce y exacerba a expensas, claro está, del resto de los sistemas regionales y locales de ciudades.

No es extraña, en tal sentido, la existencia de un proceso dual, contradictorio, bifronte, en el que las aglomeraciones medias, baluartes del proceso de desmetropolización, en algunos casos específicos parecen experimentar, vaya paradoja, una suerte de tendencia a la metropolización.

Según Silveira (1999: 355), la simiente de la metropolización de algunas ciudades medias no despuntaba, durante el periodo intercensal 1980-1991, como una tendencia lejana en las regiones de menor especialización económica. Esa autora fundaba tal vaticinio en datos empíricos concretos: el crecimiento absoluto de las capitales sanjuanina y catamarqueña era, por ejemplo, 3.13 y 4.7 veces superior a la población total que, a comienzos de la última década del Siglo XX, moraba en la segunda ciudad de las respectivas redes urbanas provinciales.

Nunca inferior, por lo general, a 20%, el crecimiento demográfico experimentado por las aglomeraciones intermedias argentinas durante el decenio 1991-2001 fue, cuando menos, sobresaliente. Son paradigmáticos, en tal sentido, casos como los de Corrientes, el Gran Resistencia, Santiago del Estero-La Banda, Salta, Jujuy, Catamarca, Paraná, Posadas y, particularmente, La Rioja (38.5%) y San Luis (42.1%).¹⁰

10. En cuanto a algunas de las ciudades restantes, el crecimiento demográfico fue 18.9% para Neuquén-Plottier-Cipolletti y San Juan, 18.1% para Concordia, 11.1% para Santa Fe, 11.0% para Tandil, 10.5% para San Rafael, 9.7% para Comodoro Rivadavia, 7.2% para Río Cuarto, 5% para San Nicolás de los Arroyos, 4.6% para Bahía Blanca y 2.6% para Santa Rosa-Toay (INDEC, 2003).

Ni siquiera el ostensible retroceso de los niveles de urbanización de una provincia como Formosa consiguió impedir que su ciudad capital incrementara sus guarismos poblacionales en 33.8%. Heredada de épocas pretéritas, la amplia brecha que separa a algunas ciudades medias del resto de la red urbana regional todavía persiste, como lo atestiguan situaciones como las de San Salvador de Jujuy-San Pedro (1.1), Formosa-Clorinda (1.1), Posadas-Oberá (1.3), La Rioja-Chilecito (1.4), Salta-Orán (1.5) y, sobre todo, Santiago del Estero / La Banda-Río Hondo (2.3), San Juan-Caucete (2.7) y San Fernando del Valle de Catamarca-Andalgalá (3.4) (INDEC, 2003).

No obstante, si bien la variación demográfica de numerosas capitales provinciales indiscutiblemente continúa siendo, en términos absolutos, superior a la población de sus nodos secundarios –corroborando así la hipótesis oportunamente formulada por Silveira–, es menester también señalar que la distancia o brecha existente entre unas y otros parecería –al menos cuando se contrasta a los casos sanjuanino y catamarqueño con respecto a su situación previa– atenuarse con cansina lentitud.

Son esas ciudades medias las que en el período actual, sobresalen como híbridos y puntos de encuentro de verticalidades y horizontalidades (Santos y Silveira, 2001: 280). No obstante, como ellas fueron fundadas para responder a los requerimientos de modelos más antiguos de modernización, ahora deben, si desean conservar su papel hegemónico de antaño, ensayar sendas refuncionalizaciones.

Síntesis de intereses tanto corporativos cuanto colectivos, las urbes medias son pues, intérpretes de la técnica y del mundo, configurándose en sedes de la regulación técnica de su propia producción, mas no del comando de los aspectos políticos de esta última, aunque ciertamente ganan una especialización, derivada sobre todo, de sus relaciones con la producción regional y por consiguiente, de su papel articulador de la división territorial del trabajo que se desenvuelve en el espacio banal al que ayudan a estructurar, y que es obediente a las demandas y necesidades de racionalidad de las cabeceras de las redes urbanas provinciales, entendidas como centros o nodos "regionales".

Lugares configurados sobre la base de una urbanización concentrada, otrora articulados con el espacio contiguo a partir de nexos o solidaridades casi siempre horizontales, son pues remodelados en su cotidiano homólogo y complementario, por los vectores del acontecer jerárquico, acogiendo, incompleta y fragmentariamente, a los coetáneos adelantos de la ciencia, la tecnología y la información. Susceptibles a una racionalización que es, a un tiempo, interna y externa, dichas aglomeraciones son sometidas a una oleada modernizadora que no supone sólo la implantación de nuevas formas y funciones, sino también la renovación de aquellas variables que, en un determinado momento de la historia territorial, se han tornado envejecidas u obsoletas.

Y es por eso que, como explica Santos (2000: 91), en esas ciudades pululan parciales y fragmentadas visiones del mundo, del país y del lugar que, elaboradas en cooperación y

conflicto, atañen al desenvolvimiento de una producción local mixta, matizada, contradictoria de ideas, que transfigura a esos espacios urbanos en una suerte de espejo o arquetipo de paradojas sociales.

Esas ciudades reflejan, en su estructura ontológica, las funciones dominantes de la división territorial del trabajo; es así que el influjo de la agricultura de exportación, de la industria modernizada, de la economía petrolera, de la minería y del turismo internacional testimonia la implantación de un orden que, articulado a una jerarquía superior y orientado a la consecución y reproducción de acciones globales, se funcionaliza con mayor rapidez, gracias a la menor carga de viscosidades pergeñada por modernidades pretéritas. No obstante, esas localidades se erigen, en su mayor parte, en lo que un autor como Santos (1993: 52) denomina "ciudades del campo"; esto es, lugares de una sociedad compuesta, compleja, dinámica y contradictoria, sede de un omnipresente debate entre preocupaciones más inmediatas y designios más amplios (Santos y Silveira, 2001: 284).

La agricultura moderna, al relacionarse con el mundo y las áreas dinámicas del país por medio de puntos, realza la importancia de las ciudades del campo, pues el papel que éstas desempeñan en la regulación técnica de la producción es bastante amplio; si bien ellas poseen también un papel político, éste se vuelve limitado, incompleto e indirecto (Santos, 2000: 91), de suerte que la producción agrícola tiene una vocación global.

De ahí que esas urbes, alienadas por el mercado mundial –cuyos designios deben obedecer para evitar quedar relegadas del nuevo orden espacial–, operen como vectores de alienación del campo. Son, en tanto que *locus* de regulación de lo que se hace en el campo, ciudades marítimas (Bahía Blanca) y fluviales (Paraná, Concordia, Santa Fe, San Nicolás) y también aglomeraciones del interior del país –ciertamente más ligado al transporte automotor y / o ferroviario que al tráfico acuático (Resistencia, San Rafael, San Juan, Río Cuarto, Tandil)–, las que, comandando los ritmos de la modernización agropecuaria, mas también adaptándose a sus demandas para asegurar la cooperación impuesta por la nueva división del trabajo agrícola (Santos y Silveira, 2001: 209), proporcionan algunos ejemplos empíricos de una urbanización concentrada donde las exigencias del mercado mundial parecen imprimirse con mayor fluidez para garantizar la continuidad de algunas vocaciones exportadoras ‘regionales’ –soja¹¹, maíz, trigo, vid, algodón, carnes, actividad forestal– y perpetuar la consiguiente dotación de materias primas y alimentos hacia los centros de poder y riqueza del país y, sobre todo, del extranjero.

No obstante, la “ciudad del campo” se revela, a nivel conceptual, insuficiente para explicar exhaustivamente por sí misma el dinamismo, histórico y actual, de las llamadas aglomeraciones intermedias, pues los vectores del acontecer complementario no se limitan a entablar apenas relaciones con el medio rural. Se asiste pues, a la reproducción de un

11. En México, soya.

cotidiano homólogo en áreas y puntos no sólo gobernados por la exportación ganadera y agrícola, sino también por el próspero desenvolvimiento de otras funciones, como la economía petrolera y petroquímica (Neuquén-Plottier, Bahía Blanca, Comodoro Rivadavia), el turismo vernáculo e internacional (Posadas, Salta) y la industria metal-mecánica (Gran San Luis).

Otra cuestión, no menos importante que las anteriores, concierne al papel desempeñado en esos lugares por algunas redes hegemónicas, como por ejemplo, la configurada por el desenvolvimiento y reproducción de la acumulación financiera.

Por un lado, la urbanización concentrada argentina es sede, según estadísticas oficiales (BCRA, 2006), de 9.0% del crédito bancario y 13.5% de los depósitos del sistema; por otro lado, algunas de esas ciudades alojan determinados mercados o plazas bursátiles de relativa importancia, en ciertos casos de larga data, como La Plata, Santa Fe, Bahía Blanca y Neuquén-Plottier, y en otros casos de surgimiento más reciente, como Corrientes y La Rioja.

Alentadas tanto por la prosperidad de una división del trabajo, fundada en funciones agropecuarias e industriales de exportación, como por una concentración geográfica de los ingresos y el poder adquisitivo resultante del enraizamiento territorial de las burocracias y burguesías locales, los vectores del capital ficticio se funcionalizan en determinadas áreas para reforzar la jerarquía y luminosidad secundaria de algunos espacios del hacer, consumando lo que Santos y Silveira (2001: 195) llaman financierización de la sociedad y el territorio.

Notable es que más de la mitad de los depósitos y préstamos provinciales se concentre no sólo en las capitales de Córdoba, Santa Fe, Mendoza y Tucumán, sino en las de Entre Ríos, La Pampa y sobre todo, San Luis, Tierra del Fuego, Corrientes, Misiones, Formosa, La Rioja, San Juan, Jujuy, Salta y Santiago del Estero, mas sin impedir la incorporación de puntos que, integrando una suerte de "centralidad periférica" al nivel nacional, emergen como jerarquías secundarias en el marco de cada jurisdicción; todos ellos son financiadores netos de la metrópoli nacional (García, 2006: 22), pues le remesan sus propios recursos al tiempo que despojan al resto del territorio de parte de sus excedentes financieros para también destinarlos a satisfacer la macrocefálica voracidad de aquella.

Se corrobora, por otra parte, que a menor modernización de los respectivos espacios provinciales, menor también la necesidad de fluidez para la circulación, y tanto mayor la macrocefalia derivada: la persistencia de divisiones del trabajo pretéritas, la pobreza estructural y la débil circulación de excedentes no exigen, en solidaridad con la escasez o insignificancia de formas-contenido urbanas, la empirización masiva de los eslabones de la red bancaria, de ahí la rareza de sus vectores en ciertos territorios provinciales.

Estas condiciones son las que le permiten a las ciudades medias ganar una nueva dimensión, forjada a partir de una vida de relaciones renovada por el desenvolvimiento de una producción y una circulación globalizadas que permiten el esclarecimiento

de las relaciones entre las personas, empresas, actividades y fragmentos del territorio con el país y con el mundo.

No obstante, determinadas aglomeraciones intermedias argentinas no reflejan tanto un desenvolvimiento de las formas modernas de consumo, distribución, circulación y trabajo intelectual como una acumulación de funciones políticas, administrativas, económicas, sociales y culturales (Silveira, 1999: 356), revelando así, la mucho más débil impronta del medio técnico-científico-informacional. Es el caso de San Juan, Catamarca, La Rioja, Santiago del Estero-La Banda, Jujuy, Resistencia y Corrientes.

Otros puntos de la red argentina de ciudades medias condensan un modelo combinado de modernización industrial, obsolescencia urbana y crisis sociales, revelándose como víctimas de la brutal racionalización ensayada en sus respectivos mercados laborales, como San Nicolás y Ramallo, donde la enajenación de la siderúrgica estatal SOMISA fue responsable por la reducción de 75% de su plantilla laboral, y San Salvador de Jujuy, donde la crisis generalizada coadyuvó a la sextuplicación de la tasa de desempleo provincial (Gómez, Velázquez y Morina, 2005: 554).

Ciudades como Resistencia, Posadas y Comodoro Rivadavia –donde persiste la hegemonía de una división territorial del trabajo más antigua– sufren los avatares de la crisis aldonera, la mecanización de los molinos yerbateros, la reestructuración del sector petrolero, la racionalización de

la producción de aluminio o el retroceso de la industria textil sintética, respectivamente, tratándose en todos los casos, de aglomeraciones que manifiestan una relativa inadecuación a las racionalidades actuales, en virtud de su fidelidad a lógicas pretéritas ya inviables, parcialmente inoportunas para la construcción del territorio de las verticalidades y por ende, responsables por una considerable pérdida de ventajas materiales e inmateriales.

Surgen pues, híbridos contradictorios de modernidad y obsolescencia que, llamados a cooperar con la reproducción de múltiples divisiones territoriales del trabajo, y empeñados sin éxito en revertir las rupturas internas derivadas de la inestable combinación de factores nacionales y factores mundiales, reflejan la superposición de funciones o actividades dinámicas que, en el período coetáneo, se han vuelto relativamente envejecidas o decadentes frente al orden global; de ahí que la urbanización concentrada argentina se fracture entre áreas luminosas y opacas.

Otro aspecto a considerar en cuanto al proceso de desmetropolización del sistema urbano argentino atañe a la urbanización aglomerada –20,000 a 100,000 residentes– y, particularmente, el crecimiento de las llamadas ‘ciudades regionales’ (Santos, 1993: 69), cuya población fluctúa entre 50,000 y 100,000 habitantes. En Argentina, las ciudades regionales proliferan en aquellas áreas del país donde la división social y territorial del trabajo es más amplia y espesa, aunque

también se funcionalizan en los nodos secundarios de las redes urbanas provinciales menos desarrolladas.

Se trata de puntos que, junto a las ciudades locales (10,000 a 50,000 habitantes), se configuran como centros orientados a cumplir funciones precisas y restrictas, bajo el impulso de órdenes externas que, prestos a responder a las nuevas demandas, suelen revelarse carentes de multifuncionalidad, asumiendo, en virtud de su fidelidad a la nueva división territorial del trabajo, la forma de espacios densos y concretos del medio técnico-científico-informacional (Silveira, 1999: 358).

Su rasgo preponderante es pues, la especialización extrema: prósperas vocaciones exportadoras, entre las cuales sobresalen el petróleo, los metales preciosos, la silvicultura, la pesca, la industria globalizada o el turismo internacional, se dan cita, junto a la modernización del campo, para convertirse en motores del notorio aumento demográfico que entre 1991 y 2001 experimentaron determinadas localidades:

- Rionegrinas: Bariloche (14.8%);
- Entrerrianas: Concepción del Uruguay (16.2%) y Gualeguaychú (16.5%);
- Santafesinas: Reconquista-Avellaneda (16.8%) y Venado Tuerto (19.0%);
- Correntinas: Goya (17.4%);
- Chaqueñas: Presidencia Sáenz Peña (21.6%);

- Santacruceñas: Río Gallegos (22.4%);
- Pampeanas: General Pico (25.4%);
- Chubutenses: Puerto Madryn (28.3%);
- Misioneras: Oberá (28.5%);
- Salteñas: San Ramón de la Nueva Orán (31.9%);
- Cordobesas: Villa Carlos Paz (42.2%). (INDEC, 2003).

Son ciudades que al forjarse y recrearse como espacios de la nueva división territorial del trabajo, reproducen un acontecer homólogo y complementario articulado al espacio contiguo, más obediente a un comando externo:

- Los flujos turísticos: Pinamar, Villa Gesell, Miramar, Mar de Ajó-San Bernardo (Buenos Aires), Villa Carlos Paz (Córdoba), Bariloche, San Martín de Lúcar (Neuquén), Esquel (Chubut), Puerto Iguazú (Misiones);
- La promoción industrial: Río Grande (Tierra del Fuego), Villa Mercedes (San Luis);
- La pesca de exportación: Ushuaia (Tierra del Fuego), Rawson, Puerto Madryn (Chubut), Puerto Deseado (Santa Cruz); y
- La explotación de hidrocarburos: Cutral-Có, Plaza Huincul, Zapala (Neuquén), Tartagal (Salta), Trelew (Chubut), Caleta Olivia (Santa Cruz).

Son otras actividades hegemónicas que, como epicentros de la concreción local de un trabajo global, revelan la enorme dependencia que encadena a dichas urbes a los avatares del mercado mundial. Suele tratarse por lo general, de ciudades locales de apoyo a la extracción y realización de la plusvalía en el medio rural, o especializadas en el abastecimiento de bienes y servicios básicos a las actividades agropecuarias modernas, adquiriendo así los contenidos técnicos y sobre todo, científicos e informacionales propios de la moderna agricultura y ganadería de exportación. Y es que, la ciudad campo, siempre moldeada según las necesidades de expansión de la frontera agropecuaria, se convierte, una vez más, en el fundamento del proceso de desmetropolización del territorio argentino y particularmente, en la base por excelencia del desenvolvimiento de una urbanización aglomerada en la pampa húmeda, el norte patagónico y el norte del país.

Sobresalen en la pampa húmeda, algunos pequeños centros trigueros y maiceros;¹² las áreas oleaginosas¹³ y particularmente, los lugares dinamizados por una agricultura diversificada de exportación comandada por la expansión de la soja y, en menor grado, la racionalización de la actividad

12. Necochea-Quequén, Punta Alta, Tres Arroyos, Marcos Paz, Balcarce, Coronel Pringles, Coronel Suárez (Buenos Aires) y Cosquín-Santa María de Punilla (Córdoba) respectivamente.

13. Pergamino (Buenos Aires), Villa María, San Francisco, Río Tercero, Jesús María-Colonia Caroya, Villa Dolores (Córdoba), Villaguay (Entre Ríos), General Pico (La Pampa).

ganadera y la producción de cereales, prósperas en el interior bonaerense¹⁴, en los campos entrerrianos¹⁵ y santafesinos.¹⁶

Ofreciendo una información inmediata y próxima, imperiosa para la actividad agropecuaria, esas localidades ganan a su vez, cierto dinamismo para sus funciones industriales y de prestación de servicios, convirtiéndose en polos indispensables, como pretende Santos (2000: 91), al comando técnico de la producción, a cuya naturaleza se adaptan, a la par que se metamorfosean, con sostenido ímpetu, en lugar de residencia o morada permanente de algunas facciones de los capitalistas del sector agropecuario y de los trabajadores rurales, así devenido urbano-residentes. Así pues, esos puntos de la red acaban desempeñando un doble papel: por un lado, regular el trabajo agropecuario del espacio banal o contiguo; por otro lado, re-interpretar y responder a las exigencias externas de racionalidad, emanadas tanto del país como del mundo.

No obstante, esa urbanización aglomerada revela rasgos de monofuncionalidad todavía más manifiestos y extremos en el norte del país, ora derivados de la consecución de un trabajo global, ora ligados a la reproducción de actividades agrícolas propias de otros tiempos.

14. Olavarría, Junín, Azul, Chivilcoy, 9 de Julio, Trenque Lauquen, Chascomús, Lincoln, Las Flores, Cañuelas, Arrecifes, Bolívar, Saladillo, Pehuajó, Chacabuco, etcétera.

15. Gualeguaychú, Concepción del Uruguay, Gualeguay, Victoria, La Paz, Nogoyá.

16. Reconquista-Avellaneda, Rafaela, Villa Constitución, San Lorenzo, Casilda, Cañada de Gómez, etc –y cordobeses– Bel Ville, La Falda, Río Segundo, Marcos Juárez, Villa Allende.

Si ejemplos de la primera situación pueden ser hallados en los frentes sojeros de Salta (Metán, Rosario de la Frontera), Santiago del Estero (Frías, Añatuya) y Tucumán (Alderetes) –coexistiendo en ciertos rincones del Chaco (Presidente Sáenz Peña, Charata) con la producción tradicional de algodón–, en la citricultura de exportación (Orán, Tafí Viejo, Chajarí, Bella Vista), y en la explotación forestal (Santo Tomé, Eldorado, Monte Caseros, Paso de los Libres, Goya, Jardín América), testimonios del segundo caso pueden ser verificados en los centros algodoneños chaqueños (Villa Ángela, Quitilipi, San Martín, Castelli), los yerbatales misioneros (Oberá, Apóstoles), los campos correntinos de arroz (Curuzú Cuatiá, Mercedes) y los cañaverales jujeños (San Pedro) y tucumanos (Concepción-San Roque, Aguilares, Monteros), a veces también abocados a una moderna producción de naranjas (San Martín) y limones (Famaillá).

La vitivinicultura riojana (Chilecito) y cuyana (Maipú, San Martín, Caucete, General Alvear, Tunuyán, Caucete) completa, junto a los montes frutales del norte patagónico (General Roca, Cipolletti, Villa Regina, Centenario, Allen), el retrato de una red urbana local y regional diseñada como fiel reflejo de las necesidades –históricas y actuales– de la producción agrícola.

Solidaridades tejidas entre el crecimiento demográfico y la vocación exportadora de esas ciudades regionales y locales fomentaron a su vez, la profusión de vectores financieros en algunos de estos centros urbanos, alentando paralelamente, la radicación o funcionalización de éstos en otros puntos de la red

hasta entonces por completo ajenos al frenesí de la circulación del capital-dinero.

Alentada por la soja y otras vocaciones agro-exportadoras, como la forestación, los cítricos y ganadería vacuna, la expansión de la frontera agropecuaria obligaría a la red bancaria a empirizar algunos de sus eslabones en algunos de los ya citados nodos de la red urbana regional de provincias como Buenos Aires, Córdoba, Entre Ríos, Chaco, Formosa, Corrientes, La Pampa, San Luis, Misiones, Salta, Tucumán y Santiago del Estero; paralelamente, la prosperidad del turismo –sobre todo internacional– demandaría que localidades como Lácar y Los Lagos (Neuquén), Cushamen (Chubut), Lago Buenos Aires (Santa Cruz), Junín y Lavalle (Mendoza) se incorporaran al sistema, cuestión que en el caso de San Antonio (Río Negro), obedecería al dinamismo desplegado por una circulación portuaria globalizada.

Son pues, áreas y sobre todo, puntos de luminosidad secundaria, no obstante lo cual se diferencian de las metrópolis regionales y las ciudades medias, en virtud de su limitado comando –estrictamente técnico, por otra parte– y de la solitaria presencia, más que la aglomeración, de uno o dos datos o vectores propios de la globalización actualmente en curso.

Otros fragmentos del sistema, por el contrario, históricamente dotados de una función basada en factores técnicos de localización, enfrentan en nuestros días una obsolescencia todavía más aguda que la padecida por algunas aglomeraciones

medias. Ellas son sede de otras transformaciones urbanas, las cuales se operan, a raíz del proceso de privatizaciones y la reestructuración productiva derivada del ajuste, en localidades ligadas a alguna actividad central que como resultado de la globalización, entra en crisis o ha sido tecnificada; esto lleva al despido masivo de trabajadores, a la no contratación de personal eventual y a la rebaja del salario de los que están empleados, lo cual modifica el índice de consumo de la población e impacta negativamente sobre la dinámica económica de los lugares, redundando, a su vez, en el deterioro de actividades formales (comercio y servicios) y en la profundización de una informalidad (vendedores ambulantes, ferias, transporte alternativo) que en ocasiones, adquiere ribetes de ilegalidad (Manzanal, 2000: 447).

Ciudades como San Fernando del Valle de Catamarca, La Rioja, San Juan, San Luis, Villa Mercedes y sobre todo Río Grande, largamente especializadas en los regímenes de promoción industrial, fueron sometidas a partir de los años noventa, a un doble proceso de racionalización productiva y refuncionalización urbana. Solidaridades tejidas entre los cambios suscitados en la legislación promocional –reducción de beneficios fiscales, impositivos y arancelarios–, las importaciones procedentes del sudeste asiático, el estrangulamiento del consumo interno y el cierre del mercado brasileño para las exportaciones argentinas de electrodomésticos, condujeron a las áreas promocionadas a convertirse en un mosaico de sistemas de objetos envejecidos y acciones irracionales: exceptuando a La Rioja, dinamizada por

la industria textil, y San Luis, donde la industria metal-mecánica es aún relativamente próspera, el éxodo industrial desestructuró los mercados 'regionales' de trabajo, acarreado la consecuente proliferación de actividades económico-urbanas marginales y la expansión –especialmente en el caso puntano y fueguino– del empleo estatal, así transformado en un eficaz mecanismo de compensación burocrática de la situación.

La decadencia económica suele ser secundada por la pérdida de dinamismo demográfico. En el territorio argentino, los flujos migratorios internos se modificaron al compás de la pérdida de jerarquía de aquellos lugares que devenidos repulsivos para nuevas radicaciones industriales, padecieron la retirada de las firmas ya existentes. De ahí que los saldos migratorios positivos riojano y catamarqueño prácticamente desaparecieran, y que las tasas correspondientes a provincias como San Luis (7.4 por mil) y sobre todo, Tierra del Fuego (12.9 por mil), se redujeran significativamente con respecto al período intercensal anterior –10.0 por mil y 60.0 por mil, respectivamente– (Velázquez, 2001: 36; Velázquez y Gómez, 2003: 230; Lucero, 2003: 35-36); no obstante, ellas siguen siendo las jurisdicciones líderes en lo que atañe a la dinámica migratoria nacional.

La valorización de tierras y propiedades desatada por la especulación inmobiliaria otrora reinante disminuyó, aunque vaya paradójica, ciudades como Villa Mercedes (25.6%) y sobre todo, Río Grande (38.1%) (INDEC, 2003) continuaron creciendo con ahínco, cristalizando las inercias del pasado y persistiendo en

su empeño reproducir una estructura pretérita; actualmente, una nueva legislación promocional, fundada en subsidios e incentivos fiscales y aduaneros otorgados no sólo a las diezmadas fábricas de electrodomésticos sino también a algunas grandes empresas con intereses en la telefonía celular y la informática (Gómez, 2007: 120), ha logrado infundir nuevos bríos a la entonces casi o ya prácticamente extinta actividad manufacturera fueguina.

Otro caso paradigmático es el de una localidad como Palpalá. La antaño cuna del desarrollo industrial del noroeste argentino es hoy día, la ciudad más contaminada del país: la acería Altos Hornos Zapala y numerosas fábricas de plomo, baterías, ácido sulfúrico y boratos combinan, en un mismo lugar, la obsolescencia productiva y la polución ambiental, configurando así un medio poco atractivo para otras facciones del capital y, paralelamente, repulsivo para los hombres.

La tensión omnipresente entre inercias del pasado y dinamismos del presente, convierte a Puerto Madryn en una ciudad de contrastes, híbrido de modernidad y decadencia ciertamente desgarrado entre el frenesí de la explotación pesquera y sobre todo, del turismo internacional, y la cotidiana catástrofe ambiental y sanitaria suscitada por la planta de aluminio de Aluar.

Nacidas a partir de la explotación de los recursos petroleros o de una agricultura destinada al mercado interno, otras ciudades locales revelan una obsolescencia todavía mayor, transformándose en poco menos que 'pueblos fantasma',

los cuales apenas sobreviven gracias al comercio informal; son los casos, entre otros, de Pico Truncado (Santa Cruz) en el sur patagónico –cuyo auge de antaño se debió a la explotación petrolífera desarrollada por el Estado–, y de localidades jujeñas y salteñas como Pichanal, Hipólito Yrigoyen, Mosconi, Vespucio y San Martín del Tabacal, históricamente estructuradas en derredor de la actividad de los grandes ingenios azucareros (Manzanal, 2000: 447).

Otras situaciones irracionales despuntan finalmente, en la red urbana norpatagónica: San Antonio Oeste, que decayó ante la expansión del puerto de San Antonio Este, surgido en las postrimerías del Siglo XX; Cinco Saltos, otrora baluarte de la industria química; y Sierra Grande, antaño la mina de hierro más grande de Sudamérica, mas luego obsoleta, a raíz de la disolución de la empresa estatal HIPASAM y la sustitución, por parte de la privatizada SOMISA, de la producción local por las importaciones brasileñas de mineral de hierro (Silveira, 1999: 399 y 400-405).

He aquí pues, una red de ciudades que envejecidas, anquilosadas y apenas animadas por el escaso y limitado interés de algunos segmentos del Estado en aras de su revitalización, completan el retrato de un sistema urbano cuyas ciudades pequeñas y medias pueden resultar –como explican Santos y Silveira (2001: 281) en referencia a la urbanización brasileña– beneficiadas, heridas o muertas, en virtud de la desigual resistencia que sus productos y empresas ofrecen a la globalización.

D. Nuevas y antiguas familias de ciudades: urbanización corporativa y vaciamiento rural

Siempre portadoras de una racionalidad, las funciones de la división territorial del trabajo empirizan la lógica dominante de cada período histórico; los espacios derivados de su imperio, al ser representativos de uno o más rasgos del modelo hegemónico de modernización, testimonian la incompleta implantación y reparto geográfico de los objetos, las acciones y las regulaciones propias de una época.

Si, como ya se ha señalado, la urbanización constituye una manifestación de la funcionalización de los eventos de cada época, la ciudad se convierte en un palco privilegiado para interpretar la racionalidad hegemónica de los diversos momentos históricos (Silveira, 1999: 404). Surge, a modo de pista heurística, la posibilidad de indagar sobre las camadas o cohortes urbanas, entendidas como huellas espaciales más o menos indelebles de cada fase del proceso de formación socioespacial.

Santos (1971: 38) propone el concepto de “generación de ciudades” para periodizar los diferentes momentos de la urbanización en el territorio, a la par que denomina familias de ciudades a los diversos lugares cuyo origen, al obedecer a un mismo conjunto de circunstancias, permite entender la urbanización del territorio.

Una autora como Silveira (1999: 365) ha retomado recientemente tal propuesta ensayando, para Argentina, una clasificación de las distintas camadas del sistema urbano

conforme a sus fases de generación, partiendo desde la época de conquista y expansión territorial –ciudades coloniales– y pasando por el ‘modelo agroexportador’ –ciudades-puerto y ciudades ferroviarias, urbes mineras y agropecuarias– y la industrialización sustitutiva de importaciones –conurbaciones y metrópolis, aglomeraciones fabriles, nuevas ciudades agrícolas, urbes de la energía– hasta arribar al período actual –las ciudades de la agricultura científizada, la hidroelectricidad y el petróleo–.

Queda claro pues, que ese proceso reconoce como motor primario a la división territorial del trabajo y a la especialización económica de ella derivada: todas las ciudades son, en principio, engendradas para desarrollar una función específica y posteriormente, sometidas a una reestructuración socio-económica, diferente según los contenidos de cada época; de ahí que la génesis de nuevos lugares articulados por una edad o función similar pueda ser paralela a la reorganización y adecuación, conforme a las lógicas del presente, de las estructuras espaciales heredadas.

Si bien hoy conviven, en un mismo territorio, espacios racionalizados por el período actual y lugares anclados al pasado, a ellos deben añadirse las capas surgidas como tales *del* y *en el* medio técnico-científico-informacional, fenómeno a su vez coetáneo a la erosión o aniquilación de algunas formas-contenido pretéritas.

Santos (1990: 90) propuso en una de sus obras, el concepto de “urbanización corporativa” para explicar cómo la ciudad es organizada para responder al tiempo mundial de las

firmas transnacionales (Silveira, 1999: 363). No obstante la actual naturaleza, esa dimensión del proceso de urbanización es, en el presente, ciertamente muy distinta del pasado: antes, se asistía a un proceso en el que los lugares se estructuraban y articulaban en derredor de una función dominante –ciudades industriales, ciudades-mercado, ciudades-centros administrativos, ciudades-capitales políticas, ciudades de servicios, ciudades universitarias, ciudades-puertos, ciudades-estación, ciudades de arte y turismo, ciudades mineras, ciudades militares, etcétera (Signorelli, 1998: 23-24), mas sin perjuicio del desenvolvimiento de otras actividades de menor importancia.

Lo que hoy se observa es en cambio, la presencia de ciudades miniaturizadas que, enquistadas en el interior de urbes más antiguas, acaban fragmentando a estas últimas, pues se objetivan ya no para procurar adecuarse a la racionalidad hegemónica, sino más bien para revelarse, desde un principio, como manifestaciones espaciales puras de esa lógica instrumental: ellas se definen, pues, a partir de una única función que, hegemónica y convertida en fundamento ontológico o razón última de su existencia, las vuelve menos flexibles al cambio, más rígidas y concretas, diseñando una especialización llevada al extremo que convive, paradójicamente, con la vana y ficticia ilusión de encerrar dentro de sus confines a una “ciudad-total”, que abraza pretensiones de auto-suficiencia e independencia respecto del resto de la red urbana e incluso, del propio territorio nacional.

Si bien la urbanización corporativa, en cuanto dimensión del proceso de globalización (Silveira, 1999: 363), asume variadas

formas —implicando todas ellas la satisfacción de las necesidades del capital oligopolista y al mismo tiempo, la metamorfosis de los intereses de las demás empresas y del grueso de la población en un hecho residual (Santos, 1990: 95)—, una de sus principales y más acabadas y perfectas empirizaciones atañe, en Argentina, al surgimiento de urbanizaciones cerradas privadas; así como las zonas francas son ciudades-mercado despobladas, los *countries* y barrios cerrados reflejan el fenómeno opuesto, el de la ciudad exclusivamente residencial, que superpone nuevas piezas urbanas a las aglomeraciones preexistentes.

Esos fragmentos diseñan lo que Silveira (1999: 363) llama “pequeñas ciudades corporativas del medio técnico-científico-informacional”, esto es, núcleos específicos y rígidos cuya obediencia a una temporalidad hegemónica pura les permite ganar más estatus en la jerarquía mundial que, por ejemplo, una capital de provincia.

Históricamente, la ciudad se ha definido tanto a partir de la aglomeración y la coexistencia de personas y actividades como del cerramiento y la exclusión respecto de la otredad. Ni la segregación residencial ni la “urbanización cerrada” constituyen, de hecho, invenciones del período contemporáneo, ni siquiera datos endémicos de éste; ambos procesos han existido, bajo otras formas y apariencias, desde la Edad Media y más precisamente, en la Europa del siglo XII, ora para conjurar las sorpresas de la guerra, ora para servir a los propósitos del proteccionismo mercantil (Fossier, 1996: 436), dando lugar a los

primeros burgos, donde se apiñaban la clase mercantil y ciertas facciones de la nobleza.

No obstante, durante los siglos XVIII y XIX la lógica económica y espacial del capitalismo exigiría la supresión de barreras a la libre circulación de mercancías y fuerza laboral, sin perjuicio del aumento de los contrastes internos de las ciudades, hasta que a mediados de la siguiente centuria, la urbanización capitalista pareció experimentar una curiosa regresión al pasado: bajo el imperio ya no de la guerra y el comercio en el Viejo Mundo sino de la expansión demográfica metropolitana y la fluidez proporcionada por la difusión del automóvil y las autopistas en los Estados Unidos, los antiguos burgos —ahora devenidos suburbios propiamente dichos— recuperaron su protagonismo en la vida de las ciudades, ya no sólo como ‘urbanizaciones cerradas’ sino también como ‘urbanizaciones privadas’, esto es, propiedad de firmas, explotadas por el capital: surge, así, en las grandes metrópolis norteamericanas de la segunda mitad de los años cincuenta, un patrón de urbanización expandida con baja intensidad de uso del suelo fundado en las llamadas *gated communities* (Blakely y Snyder, 1997: 28).

Otrora propio o endémico de ese país, el modelo se tornó hegemónico a gran escala cuando el imperialismo cultural estadounidense y la promoción del “estilo de vida americano” alentaron, durante la década de 1980, su diseminación al resto del mundo (Wortman y Arizaga, 2000; Szajnberg, 2001), injertándolo en la red urbana de países tan disímiles como

Indonesia, Rusia, Sudáfrica, Turquía o Egipto (Thuillier, 2005: 6). No obstante, América Latina ha sido el campo más fértil para su propagación, especialmente sus grandes metrópolis, entre las que sobresalen Ciudad de México, Santiago de Chile, São Paulo, Rio de Janeiro, Buenos Aires y Caracas.

En Argentina, los primeros gérmenes o embriones de las urbanizaciones cerradas datan de la década de 1930, cuando el modelo de *country club* vigente en la campiña inglesa fue trasplantado a los territorios adyacentes a la ciudad de Buenos Aires (Thuillier, 2005: 9), donde cundió conforme a su afinidad con el imaginario cultural de una oligarquía terrateniente europeizada; posteriormente, la llegada, medio siglo después, de nuevos actores sociales (Carballo, 2000), vinculados al auge de la horticultura intensiva, al conurbano bonaerense, consolidó o afianzó el fenómeno.

No obstante, la ulterior evolución de la difusión de ese patrón reconocería dos instancias claramente demarcadas: por un lado, el modelo se propagaba fuera del GBA para gestar una nueva y más homogénea producción de lugares; por otro lado, las residencias secundarias de antaño comenzaron a experimentar un proceso de trasvasamiento generacional y social (Svampa, 2001: 33), todavía en curso, convertiría a esos enclaves en morada principal de ciertas capas sociales acomodadas.

Los últimos años del Siglo XX fueron testigos de la conexión de las principales urbes del país se conectaron a la red de ciudades globales a partir de una reproducción o imitación

del mundo devenida unicidad morfológica y funcional; así pues, torres amuralladas y urbanizaciones privadas se convierten en sistemas de objetos definidos por un lenguaje arquitectural-urbanístico homogéneo y la lucrativa explotación económica concretada por algunos segmentos globales (Soros) y vernáculos (Macri) del capital con intereses en el sector inmobiliario y de bienes raíces (*real state*). Sin suprimir a las antiguas formas de urbanización corporativa, nacieron los llamados "barrios cerrados" y las modernas "ciudades-pueblo", empirizaciones de un nuevo orden vertical globalizado.

Sin reproducir a ultranza el perfil aristocrático de los *country-clubs*, los barrios cerrados son adaptaciones de la forma primigenia dirigidas a nichos del mercado inmobiliario de ingresos menos holgados (Torres, 2000; Wortman y Arizaga, 2000) que albergan los segmentos más encumbrados de la clase media -contingentes de profesionales, empresarios y fuerza laboral de elevado nivel de cualificación que se desempeña en puestos jerárquicos-.

Su presencia en ciudades grandes y medias obedece tanto a un desfase temporal cuanto a una fragmentación de las normas públicas: los *countries* se rigen por regulaciones provinciales y locales; los barrios cerrados, por la ley nacional de propiedad horizontal, que controla los edificios de departamentos en altura; a su vez, si los barrios cerrados se caracterizan por los diarios desplazamientos pendulares sus moradores entre los suburbios y el epicentro de la ciudad, en los *countries* los flujos son semanales o mensuales.

No existe consenso alguno en cuanto a cómo conceptualizar a esa nueva forma urbana. Sobresalen, entre rótulos diversos, nociones como ciudad de muros, enclave fortificado, ciudad fragmentada y *gueto* de lujo (Zúñiga, 2007: 389). Otro tanto ocurre con la explicación en cuanto a su aparición, no existiendo interpretaciones unívocas al respecto, seguramente en virtud de las múltiples causas que operan en ese sentido, muchas de ellas relacionadas con la explotación económica que el capital realiza del temor psicológico y social de las capas sociales más acomodadas. Sus bases son, en verdad, las mismas que imperaron durante las épocas medieval –afán de evadirse de los condicionamientos sociales de las ciudades– y romántica –amor hacia la naturaleza–, reviviendo el propósito de los primeros suburbios, ése que Dematteis (1998: 19) sintetiza admirablemente en la consigna “*aislarse del mundo como un monje para vivir como un príncipe*”.

Svampa (2001: 54) enfatiza, a su vez, el papel jugado por el “urbanismo de las afinidades”, donde datos como la clase social, la profesión, las pautas culturales, el carácter adinerado de los residentes y el precio del suelo y de la vivienda se superponen para garantizar la reunión, en un espacio dado, de grupos internamente homogéneos, pero cada vez más heterogéneos con respecto a su entorno; procurando que mundos sociales diferentes no se confronten en el espacio urbano (Wortman y Arizaga, 2000), la ciudad residencial, próxima a la naturaleza, fundada en la célula familiar, la casa individual, el automóvil y las vías rápidas de circulación, destierra el modelo de ciudad-

centro europea y lo suplanta por el del suburbio norteamericano (Thuillier, 2005: 19), rompiendo así con la reproducción de antiguos patrones.

Obviamente, la metrópoli nacional devino sede por excelencia del nuevo sistema de eventos: invertidos por grandes *brokers* y consultoras internacionales, 4,000 millones de dólares fueron destinados, entre 1990 y 2000, a la construcción de urbanizaciones privadas en el GBA (Ciccolella, 2000), incrementando el dinamismo de partidos como Pilar,¹⁷ Tigre, San Isidro y Escobar y, en menor medida, Luján, San Miguel, Esteban Echeverría, Moreno, Ezeiza, San Fernando y Cañuelas (URBANIZACIÓN, 2006).¹⁸

Y, en los partidos del GBA donde las urbanizaciones cerradas eran más raras o escasas, se asistía al surgimiento de situaciones intermedias de combinación entre lo público y lo privado: en Vicente López, por ejemplo, los barrios abiertos de mayores ingresos son protegidos mediante garitas o casetas de seguridad privada (Robert, 2001). En consecuencia, el conurbano bonaerense pasó a albergar más de tres centenares de barrios cerrados que, habitados por aproximadamente 50,000

17. El caso de Pilar es paradigmático: entre 1991 y 2001, la población de la ciudad-cabecera creció casi 20%, y la del partido en su conjunto, 67% (Thuillier, 2005: 12 y 17). A comienzos del Siglo XX, cuando el proceso aún no había alcanzado su apogeo, –6% 15,600 habitantes– de la población total de Pilar residía en barrios privados, los cuales absorbían 20% de su superficie. Tanto la ciudad-cabecera como las ciudades menores habían quedado rodeadas por *countries* (Vidal-Koppmann, 2003: 11).

18. Según la fuente estadística utilizada para este acápite (URBANIZACIÓN, 2006:29), a comienzos del Siglo XXI el 62.4% de las urbanizaciones cerradas se emplazaban al conurbano bonaerense o GBA.

personas, aumentaron su superficie en un 10% (Ciccolella, 2000; Torres, 2000; Wortman y Arizaga, 2000).

Surgió así, prácticamente de la nada y en menos de una década, una ciudad privada equivalente a 1.7 veces la Capital Federal (Thuillier, 2005: 10). Nada de esto hubiera sido posible de no haber existido previamente, una refuncionalización de las redes metropolitanas; las modernas autopistas han sido a las urbanizaciones privadas lo que el transporte público subsidiado fue las décadas de 1940 y 1950 a los loteos económicos de la periferia industrial del conurbano bonaerense –destinados a la construcción de viviendas para las clases populares– (Torres, 2000).

Solidaridades tejidas entre ese fenómeno y el desmembramiento de ciertas jurisdicciones (General Sarmiento) en nuevos partidos autónomos (José C. Paz, San Miguel, Malvinas Argentinas), al excluir a sectores y espacios pauperizados (villas de emergencia) de los perímetros de las áreas funcionales al nuevo modelo de modernidad urbana y permitir al capital inmobiliario ensayar una doble realización de la plusvalía –adquirir a bajo precio enormes extensiones de tierra e impedir que la proximidad a bolsones de pobreza y marginalidad resintiera su valor– (Gómez, 2005: 310-312), determinaron según Szajnborg (2001), que el binomio urbanizaciones cerradas-autopistas aranceladas, imprimiera en el territorio la huella de la estratificación socio-económica propia de la época.

Esta forma de disolución de la metrópoli en el resto del territorio y de imposición a la red urbana de un modo hegemónico

propio de este período –la diseminación de las urbanizaciones cerradas–, lejos de limitarse al GBA, alcanzó a metrópolis secundarias –Córdoba, Rosario– y regionales –Tucumán, Mar del Plata, Santa Fe, Mendoza–, así como también algunas capitales provinciales –Neuquén, Salta, San Juan, La Rioja, Resistencia– y ciertos centros secundarios –Bahía Blanca, Río Cuarto–.

Otrora alejados de la capital provincial, los enclaves de mayor antigüedad de una provincia como Mendoza quedaron insertos en el interior de la trama metropolitana (Roitman, 2001), a raíz de la inusitada multiplicación y expansión de *country-clubs* y barrios privados. Superponiéndose a las jerarquías urbanas preexistentes, ciudades como Córdoba, La Plata, Rosario, Tucumán, Salta, Neuquén, Mar del Plata, Mendoza y San Juan acaparaban 47.3% de las urbanizaciones cerradas del interior del país (URBANIZACIÓN, 2006:29).

Otra cuestión a tener en cuenta es que actividades hegemónicas como el turismo, la agricultura y la ganadería de exportación alientan la proliferación de urbanizaciones corporativas en el interior cordobés, neuquino, rionegrino, fueguino, chubutense, santafesino, salteño, puntano, mendocino, entrerriano y misionero. No es casual que en ciertas ciudades surja una relación empírica entre turismo, privatización urbana, exclusión social y segregación residencial, pues el dinamismo del primero configura un campo fértil para la ulterior germinación de las urbanizaciones cerradas.

No pudiendo sustraerse al influjo de la metrópoli nacional, ciudades medianas y pequeñas del interior bonaerense –

Pinamar, Tandil, Villa Gesell, Cariló, Mar del Plata, Necochea, Miramar, Chascomús, Aguas Verdes, Santa Clara del Mar y San Pedro, entre otras— no sólo pasan a constituir el domicilio permanente de las burguesías locales y regionales, sino que ganan una nueva función: las capas sociales más encumbradas —capitalistas y fuerza de trabajo jerárquica— de la Capital Federal y el GBA se dan allí cita semanal o mensualmente para hacer de sus barrios cerrados y *countries* una ‘segunda residencia’ o incluso, una morada estable para parte del grupo familiar. Sístole y diástole, expansión y contracción, ilustran pues, esa tendencia de la metrópoli nacional a diluirse en el resto del país y volverse sincrónicamente omnipresente en los lugares (Santos y Silveira, 2001: 141). Físicamente, la metrópoli nacional permanece anclada al compacto ámbito territorial del GBA, mas sus teleacciones continúan operando, cual tentáculos, para añadir a nuevos puntos y lugares a su yugo o imperio.

En el período técnico-científico-informacional, las normas del mercado se suelen imponer, la más de las veces, sobre las del territorio; de ahí que las urbanizaciones cerradas adopten y afiancen un orden o modelo más próximo a la estructura del poder dominante en la esfera de la economía y del sector privado, sustituyendo al ciudadano por el accionista (Thuillier, 2005: 16). Opresivo y alienante, el control ejercido sobre la vida cotidiana de la “ciudad residencial” es constante, fundándose tanto en la discriminación como en el disciplinamiento.

Omnipresente, la vigilancia ejercida por un gobierno interno centralizado (Vidal-Koppmann, 2003: 9), formado por los

habitantes más ricos de la urbanización —cada comprador de lote es accionista de la sociedad anónima, de ahí que su poder aumente a la par de sus riquezas—, se funde con los intereses de los promotores inmobiliarios, que, como explica Thuillier (2005: 15-16), regulan la explotación hasta que finaliza la venta de los lotes.

Se trata pues, de un cotidiano rígido y verticalizado, que activa una ilusión, la del mito comunitario, como si todas las tensiones—léase conflictos—pudieran eliminarse milagrosamente, como si las reglas de control social y espacial que es necesario aceptar no pudieran jamás resultar insoportables, como si no hubiera estigmatización para aquellos que transgreden el orden establecido (Chevalier y Carballo, 2005: 13).

No deja de ser notoria, por otra parte, la deformación de las relaciones entre lo público y lo privado, donde el segundo procura absorber y al mismo tiempo, disociarse del primero; sin embargo, en el mismo acto en que se pretende que lo privado sea visto como público (abierto, libre, natural), este último es tratado como un residuo irrelevante (Wortman y Arizaga, 2000).

Y es que las urbanizaciones cerradas funcionan conforme a sus propias reglas, toda vez que al emerger como pedazos del espacio nacional entregados a las más puras leyes del mercado mundial, *countries* y barrios privados, se configuran en lo que Silveira (1997: 43) llama “áreas de una densidad normativa distinta”, que anulan las normas del territorio, y a veces también reprimen las propias regulaciones locales.

Son la seguridad privada y las murallas inexpugnables (Robert, 2001) esenciales para la constitución de urbanizaciones

cerradas cuyo orden espacial apunta siempre al cerramiento físico y la vigilancia permanente. Y es así que, en tan neurótica dimensión, la urbanización cerrada se convierte, para Szajnberg (2001), en una guarida asediada, en un "barrio con candado", en una "ciudad carcelaria" donde la búsqueda egoísta del beneficio individual deviene paralela y funcional a la ignorancia de la miseria circundante, a la supresión del ágora y a la concepción de la otredad como sinónimo de hostilidad y fuente de temor (Wortman y Arizaga, 2000).

Sofisticados dispositivos de seguridad y refinadas tecnologías –murallas, alambrados, perímetros cercados, vigilancia privada continua, garitas informatizadas de guardia, rejas electrizadas, circuitos cerrados de video, patrullas permanentes de seguridad, sistemas de monitoreo a distancia, fibra óptica y rayos infrarrojos– emergen así, como datos técnicos de una lógica que procura consolidar la superficial relación inventada y explotada por el capital entre seguridad urbana y enajenación de los espacios públicos; y como la legislación no les permite rodearse de muros de ladrillos, esos enclaves son circundados con enrejados reforzados con densos setos de ciprés o bambú (Thuillier, 2005: 11).

De esta manera, el Estado pierde en manos del mercado el monopolio del uso legítimo de la fuerza (Caldeira, 2000: 117), a raíz de un proceso privatizador que se extiende hasta lo que, incluso para una ideología como el liberalismo, constituye una función pública indelegable –la seguridad, el control, el orden–. Se forja, así, otra intimidad, en la que el acceso controlado opera

suprimiendo riesgos y sorpresas, protegiendo a priori de toda intrusión perturbadora o indeseable (Chevalier y Caballo, 2005: 8).

Sin embargo, Thuillier (2005: 18-19) inquiere, al analizar el caso de Pilar –cuya tasa de criminalidad se sextuplicó desde la llegada de los barrios privados–, si tal apropiación y sobre todo, tales artilugios, no contribuirían, en verdad, a atraer y fomentar, en vez de erradicar, el flagelo del que inútilmente los moradores de las urbanizaciones privadas pretenden escapar.

Obstando la apropiación, por parte del mercado, de los mecanismos de normatización de los territorios locales, la "desregulación" sigue siendo, pese a todo, una quimera, tal como lo demuestran los segmentos provinciales y municipales del Estado al permitir la enajenación de calles públicas para usufructo privado y también, al legislar marginalmente algunas cuestiones básicas –inundabilidad, destino de los desagües, tamaño de lotes y calles internas– (Rodríguez, 2001) y ampliar el tendido de algunos servicios públicos hacia áreas distantes recientemente valorizadas.

Otra cuestión a subrayar es que las urbanizaciones cerradas, al insertarse en la nueva división territorial del trabajo urbano como puntos exclusivamente destinados a consumir la valorización del capital inmobiliario, se erigen en áreas de marcada mono-funcionalidad estrictamente residencial, lo cual redundo en la expulsión de todas las otras actividades –a excepción de las deportivas y algunas recreativas–, especialmente las económicas –el consumo y la producción material–. Svampa (2001: 95) se refiere a ese fenómeno como al surgimiento de

una nueva periferia, dedicada a la función "vida familiar" y ajena a servicios típicamente urbanos como el comercio y las finanzas, con la honrosa excepción, en casos puntuales, de la salud y la educación.

No obstante, todos los servicios restantes, al igual que la industria, permanecen absolutamente desterrados, aunque paulatinamente algunos vectores –*shoppings*, gastronomía, clínicas, etcétera– migren desde la ciudad abierta hacia la urbe privatizada, como ocurre, según Thuillier (2005: 12), en el caso de Pilar; mas todo tiende, en la inmensa mayoría de los casos, a constituir una especialización sectorizada del entre-sí, superponiendo en un mismo punto el nivel del domicilio y el nivel del espacio común (Chevalier y Carballo, 2005: 8). Lo extraño es que, en el imaginario colectivo de sus habitantes, la urbanización cerrada aparece, contradictoriamente, como una "ciudad total", independiente, auto-suficiente, que prescinde del "mundo exterior"; de ahí que ella parezca encarnar la versión de lugar con que vanamente sueñan algunas vertientes postmodernas, un punto aislado, auto-referencial, desconectado de la totalidad, absolutamente despojado de nexos y solidaridades con el espacio global y la historia.

Surgidos del violento rechazo a la llamada "ciudad-centro" –a su heterogeneidad, diversidad y amenazas, a su caótico y bullicioso devenir–, el exceso de especialización de las formas y funciones urbanas y la férrea convicción en la aglutinación en un mismo espacio de grupos sociales homogeneizados por una misma consciencia de clase obligan, paradójicamente, a la

urbanización cerrada relacionarse forzosamente con su entorno y a descargar sobre este algunas funciones complementarias.

Sin excepciones, la ciudad cerrada permanece, entonces, indisolublemente ligada al resto del tejido metropolitano (Thuillier, 2005: 12), desarrollando en él sus principales actividades o funciones de producción y consumo; así pues, los moradores de las urbanizaciones privadas recurren a la ciudad abierta para reproducir parte de sus condiciones de existencia.

Y, como la tesis de la "ciudad total" se hace añicos, el capital hegemónico se ve obligado a presentar la nueva panacea de la planificación urbana privada: surgen entonces las llamadas "mega-urbanizaciones cerradas" o "ciudades-pueblo", dotadas de equipamientos de orden superior, como colegios y universidades privadas, clínicas y centros comerciales (Vidal-Koppmann, 2002: 284). Se observa aquí, ya no la limitada creación de ciudades dentro de otras preexistentes, sino más bien un fenómeno en el que la lógica espacial del periodo parece ahora privilegiar la creación de nuevas localidades, en teoría reproducciones a escala de la ciudad tradicional, pero sin sus problemas y conflictos.

Existen en el país doce proyectos de esa índole en diferentes estadios de realización (Vidal-Koppmann, 2002: 285), pero es Nordelta –emplazado en el partido de Tigre, en pleno conurbano bonaerense–, el ejemplo más emblemático de esa racionalidad con una superficie de 1,600 hectáreas y una población proyectada de 140,000 habitantes (Thuillier, 2005: 19). Sus nexos con la cabecera del partido son prácticamente

inexistentes; las áreas para educación, salud, deporte y recreación se hallan en su interior y las necesidades laborales de consumo de su población son satisfechas en la Capital Federal (Ríos, 2003: 11), de ahí que Nordelta acabara convirtiéndose en una ciudad-satélite de la metrópoli nacional.

No obstante, y aunque las solidaridades tejidas entre el automóvil, la autopista y la moderna ciudad-pueblo testimonian una nueva y aún incipiente expresión de un orden vertical fundado en un patrón de largos desplazamientos sin conexiones y paradas intermedias, la lógica de la ciudad-total no consigue empirizarse plenamente, pues, como apunta Janoschka (2003), en Nordelta no se permiten comercios ni tampoco industrias.

Otro mito es el de la pretendida homogeneización del cotidiano urbano: áreas degradadas y obsoletas, marcadas por el deterioro habitacional y la ausencia de servicios elementales, se oponen a islotes de riqueza y modernidad, corroborando así la tesis de Santos (1996a: 244-245), quien asevera que la ampliada escasez para la mayor parte de la sociedad coexiste con la producción limitada de racionalidad para los grupos privilegiados.

Quizá son las urbanizaciones cerradas privadas el ejemplo empírico más elocuente de un proceso urbano dual, con su respectivo aumento de la polarización social, en el que grupos productores de información y tenedores de riqueza prosperan junto a otros marginales y excluidos (Manzanal, 2000: 447). Negados a amplias capas sociales, los servicios básicos –y también suntuarios– expanden su cobertura en las nuevas

formas-contenido, enmascarando parcialmente su déficit general en departamentos del GBA como Ezeiza, Ituzaingó, Hurlingham y, sobre todo, José C. Paz y Malvinas Argentinas.

Es así como distritos signados por la proliferación de las modernas urbanizaciones corporativas revelan graves situaciones sociales: la tercera parte de la población no posee retrete, más del 40% se encuentra hacinado y casi la quinta parte no ha completado los niveles educativos básicos (Gómez, 2005: 310-312). Lo anterior no es solamente válido para la metrópoli nacional, sino que se verifica, como explica Manzanal (2000: 447), en muchas capitales de provincia y en otras importantes ciudades, donde se repiten formas de duplicación urbana y contrastes cada vez mayores entre barrios ricos y pobres, entre un sector minoritario de la población con acceso a consumos y servicios valorizados o modernos y otro mayoritario, con condiciones de vida en creciente deterioro.

A su vez, la irrupción de las urbanizaciones privadas en espacios de reproducción de la pobreza y la miseria extrema obliga a la instauración de relaciones de vecindad territorial que tornan aún más falaz la pretensión de considerar a esos enclaves como "ciudades-totales". De las villas de emergencia adyacentes proviene una fuerza laboral con la que los grupos sociales residentes en las urbanizaciones cerradas deben mantener ambiguas relaciones de dependencia y desconfianza (Wortman y Arizaga, 2000), imponiendo una recíproca dependencia entre las pautas culturales de unos y las necesidades de supervivencia de otros. Son, en síntesis, puntos luminosos de la red urbana

argentina que, procurando imitar o recrear modelos hegemónicos externos, configuran, de acuerdo con Torres (2000), una versión singular y degradada de sus correlatos del Primer Mundo.

No obstante, el nacimiento de nuevas camadas urbanas es acompañado por la muerte o extinción de algunos de sus antepasados espaciales, toda vez que el territorio suele desprenderse, en cada época, de aquellas objetivaciones pretéritas que devienen obsoletas o disfuncionales en cuanto a la propagación de las racionalidades hegemónicas propias del nuevo periodo; y a raíz de los renovados bríos cobrados por el proceso de urbanización en general y, particularmente, por los concomitantes fenómenos de la metropolización y la desmetropolización, se asiste a un agresivo movimiento, en el espacio nacional, de vaciamiento demográfico y funcional tanto del campo como de los pequeños poblados cuyos guarismos los sitúan, desde una perspectiva estadística o formal, en el nebuloso umbral que separa a lo urbano de lo rural.

Suelen ser abundantes, en tal sentido, los análisis sobre el magnetismo de las grandes ciudades en cuanto a la atracción de parte de la población residente en aglomeraciones medias y pequeñas y también, sobre el papel que dicho influjo detenta sobre el vaciamiento del campo,¹⁹ mas son paralelamente raros los estudios empíricos referidos al impacto que esa asimétrica relación posee sobre los primeros eslabones de la cadena de expoliación demográfica. No existen, de hecho, investigaciones

19. Estudios sobre migraciones interprovinciales e intra-provinciales, detallados cálculos concernientes a la dinámica receptora o expulsora de algunas urbes.

consistentes en Argentina sobre las migraciones suscitadas desde las pequeñas localidades –cuyos guarismos no suelen satisfacer el criterio cuantitativo que permitiría considerarlas urbanas– hacia las ciudades próximas, las cuales drenan, a su vez, sus propios excedentes de población a la siguiente escala (jerarquía) urbana, culminando la cadena en los espacios metropolitanos.

Al prolongarse en el tiempo y acentuarse frente a las aceleraciones propias de este periodo, la reproducción de dicha sangría conduce a que ciertos lugares, rindiendo tributo a las escalas superiores, perezcan irremediablemente y sean, por tanto, suprimidos del actual mapa del territorio argentino, dejando en el mejor de los casos, borrosos rastros de su anterior existencia.

La modernidad alienta, tanto la llegada de las variables clave de una época a las áreas luminosas preexistentes como el vaciamiento funcional y demográfico del tejido económico y social de los lugares letárgicos. Sin limitarse a la eclosión de nuevas familias de ciudades dinámicas, el proceso de racionalización del territorio argentino contempla también a la completa aniquilación de camadas enteras de formas-contenido del espacio que, habiendo sido legadas por una preteridad más o menos inmediata, son hoy día sometidas al ostracismo, merced a una lógica que no procura una re-significación del pasado, sino más bien su extinción (Gómez, 2009: 246).

Surge, entonces, la otra cara del acontecer complementario forjado entre la ciudad y el campo, esa que fomenta la

reproducción ampliada de la pobreza en las grandes urbes a la par que le arrebató, a los pequeños poblados sus fundamentos de existencia, convirtiéndolos en antítesis de las modernas familias de ciudades, propias de este periodo técnico-científico-informacional.

Son territorios de la horizontalidad que, detenidos en el tiempo y asolados por los embates del acontecer jerárquico, sufren limitaciones estructurales en cuanto a la reproducción de una vida de relaciones largamente preservada, de un cotidiano más antiguo que, fundado en la vecindad territorial y el trabajo colectivo, se disgrega y diluye rápidamente conforme se afianza la solidaridad organizacional entretejida entre el incontestable magnetismo irradiado desde las urbes grandes y medias y una decadencia inducida por condiciones y factores exógenamente impuestos;²⁰ así pues, y a raíz de los cambios estructurales verificados en los patrones migratorios,²¹ algunas localidades "invisibles" para los intereses hegemónicos y para la métrica burocrática de los distintos segmentos del Estado e incluso, para el propio imaginario colectivo social y urbano, contribuyan en cierto modo a la expansión del sistema metropolitano nacional y regional y colaboren, de forma mucho más directa, con el crecimiento demográfico experimentado por un nutrido puñado de ciudades medias y locales.

20. Mecanización y cientificación del trabajo agropecuario, reorganización de los flujos de transporte, declive de las vocaciones histórico-funcionales que los procrearon.

21. Otrora dinamizados por movimientos inter-provinciales y ahora fundados con mayor ahínco en los flujos intra-provinciales de población.

No se trata, empero, de un fenómeno reciente, sino más bien de la agudización de tendencias preexistentes, cuya génesis se remonta a la segunda mitad de la década de 1960 y su era de consolidación, a los años ochenta. Sin embargo, es en el periodo actual cuando se vuelve más relevante, dejando una impronta cada vez más significativa en el territorio argentino: entre 1991 y 2001, el número de localidades en situación de crisis estructural pasó de 430 a 602 pueblos, los cuales se convirtieron en meros parajes habitados por algunos cientos de personas; paralelamente, se verificó que 20% de los poblados relevados durante el periodo intercensal anterior (1980-1991) había dejado de figurar en los registros estadísticos oficiales, esfumándose sin dejar rastro.²²

La supervivencia de muchos de aquellos poblados se encuentra actualmente comprometida, guardan genealógicamente, cierta similitud cronológica y funcional y, aunque pertenezcan a una camada de lugares nacida de la expansión agropecuaria y ferroviaria –propia del modelo agroexportador– y en menor grado, de la implantación –durante la industrialización sustitutiva de importaciones– de actividades mineras, petroleras y manufactureras, hoy día albergan los relictos supervivientes de un medio rural repulsivo a la modernidad urbana, opuestos a un campo que, apartado de las formas de vida tradicionales e invadido por

22. Si a los lugares extinguidos se añaden los distritos que actualmente están a punto de correr la misma suerte, las cifras reales ascienden a 698 localidades lo cual equivale, aproximadamente, 40% de los poblados rurales de todo el país (INDEC, 2003; Red Social de Recuperación de Poblados que Desaparecen RESPONDE, 2007).

la cultura y servicios típicos de las ciudades, obliga ciertamente a un autor como Velázquez (2006: 39) a afirmar que, cuando menos, 10% de argentinos que estadísticamente todavía son contabilizados como rurales no debería, en rigor de verdad, ser considerada como tal.

No es en las zonas más letárgicas del país, sino en las áreas donde la división del trabajo es más densa y espesa, que ese proceso de exterminio se encuentra más plenamente difundido y cunde con mayor fuerza; de hecho, las principales provincias de la pampa húmeda –Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba– explican 59.2% de los poblados rurales en crisis, situación que abarcaba a casi todos los departamentos cordobeses y santafesinos y excluía, en la provincia de Buenos Aires, sólo al conurbano, el Gran La Plata, ciertos centros turísticos costeros, algunas aglomeraciones intermedias y poco más de una veintena de distritos.

La geografía propia de las áreas dinámicas, mucho más permeable al influjo de la modernidad, se rehace incesantemente, desprendiéndose de estructuras pretéritas y revelando, en ese devenir, la existencia de letargos puntuales, formas-contenido del espacio que, a duras penas, han prevalecido como vestigios de un pasado disfuncional para las racionalidades del presente, son sistemática e implacablemente borradas del territorio.

Elocuente y paradigmático ejemplo de ello es la provincia de Santa Fe, donde apenas tres departamentos –Castellanos, San Cristóbal y Las Colonias– daban cuenta 10% de las cifras nacionales, explicando 46.9% de los guarismos provinciales.

De ahí el crecimiento, en la pampa húmeda, del fenómeno de la urbanización concentrada y aglomerada. Y sin embargo, ese mismo sistema de eventos debe ser interpretado, en el resto del país, como un factor que opera en pos de la constitución de una geografía más opaca, ciertamente fiel a una división territorial del trabajo propia de otros tiempos, obsoleta para los fundamentos actuales del orden global; así pues, el noroeste argentino concentraba 22.1% de los poblados en “riesgo”, con epicentro en Santiago del Estero y Jujuy.

¿Qué razones o variables intervienen en la constitución y reproducción de esa masa marginal de lugares, verdadera arqueología del espacio nacional? En una época en el que, como asevera Santos (1996a: 181), la circulación define el patrón geográfico y comanda los cambios de valor en el espacio, la racionalización de los sistemas de transporte coadyuva a intensificar el proceso: las redes, en tanto que portadoras de una lógica, se desenvuelven como vectores activos en la desaparición de localidades, toda vez que el cierre de ramales y estaciones ferroviarias, la selectividad geométrica y funcional del transporte ferroviario de cargas y pasajeros, la conformación de grandes corredores internacionalizados y la construcción de rutas pavimentadas alejadas de los tradicionales caminos de tierra atentan contra la continuidad ontológica de esas formas-contenido del espacio.

Dicha racionalización opera precipitando el desmoronamiento de aquellas actividades dinámicas que en el curso de una modernidad pretérita y ya superada, habían sido fundamentales

en cuanto a la reproducción de los respectivos cotidianos locales; es pues, la reorganización de la red ferroviaria argentina el factor que decididamente desempeña un papel hegemónico o, cuando menos, central, en el despoblamiento de las pequeñas localidades, cuestión que ya fue más exhaustivamente indagada en un trabajo anterior (Gómez, 2009: 235-254).²³ Sin embargo, a esa variable se añaden otras igualmente importantes, y solidarias o complementarias respecto de aquella, como la obsolescencia de industrias tradicionales cuya presencia obedecía a antiguos factores técnicos de localización y la desaparición, una vez agotados los yacimientos, de poblados mineros y petroleros.

23. Notable es el hecho que, entre 1980 y 1998, el tráfico de pasajeros haya desaparecido de 560 localidades, y el de carga, de 687, dejando a más de cinco millones de habitantes sin el transporte ferroviario de larga distancia; de ahí que la proporción de población que no contaba con un servicio regular se duplicara, pasando de 20% a 41% (Benedetti, 2001: 11). Ello explica que 63.3% de los poblados desaparecidos y / o actualmente en crisis del país corresponda a aquellos departamentos que padecieron una sensible reducción del número de estaciones habilitadas. No menos de la mitad de los poblados amenazados de las provincias de Formosa, Santiago del Estero, Jujuy, Salta, Tucumán, Corrientes, Río Negro, San Juan, Mendoza, Córdoba, Entre Ríos, Buenos Aires y Santa Fe revelaba una relación más o menos nítida entre sus diezmados parajes y la pérdida de fluidez de la circulación ferroviaria. No siendo suplida o, cuanto menos, compensada por otro medio de transporte, la muerte del ferrocarril representa, generalmente, la de esas localidades: sus habitantes quedan prácticamente incomunicados, y el lugar, aislado; paralelamente, la continuidad de la vida de relaciones propia de un espacio banal más amplio, que permite la subsistencia de los trabajadores agrícolas temporarios conectando a parajes rurales, pequeñas urbes, ciudades medias y capitales provinciales, se torna prácticamente inviable, pues las migraciones con destino a las distintas áreas de cosecha se ven impedidas o, al menos, limitadas en su fluidez, en tanto que la reestructuración de los movimientos ferroviarios, al arrebatarle a los lugares las funciones tradicionales que históricamente desempeñaron —centro de despacho y tránsito de cargas, por ejemplo—, despoja a sus habitantes de sus medios de subsistencia, obligándolos a emigrar (Gómez, 2009: 249).

En todos los casos, la impotencia del comercio local respecto de la absorción de nueva fuerza laboral, es acentuada por la pertinaz ausencia de una acción compensadora estatal destinada a mitigar carencias estructurales en infraestructura y servicios públicos. No menos importante que los factores previamente citados es el imperio del actual paradigma de modernidad rural, modelo o patrón hegemónico donde la concentración de tierras, la penetración en el sector de capitales extra-agrarios, la progresiva desaparición de la agricultura familiar, la expulsión de los campesinos e indígenas por los desmontes y la deslocalización de la demanda de los productores agropecuarios hacia las ciudades medias, juegan por cierto, un rol preponderante, íntimamente asociado a un fenómeno ya comentado en un acápite anterior de este mismo trabajo, el de la metamorfosis de los trabajadores rurales en fuerza laboral urbano-residente.

De ahí que gran parte de la diezmada población de las localidades en crisis acabe radicándose permanentemente en los nodos primarios y secundarios de las redes urbanas provinciales: ejemplos del primer caso son los poblados en franco retroceso de provincias como San Luis (General Pedertera, Capital), Santiago del Estero (Capital-La Banda, Río Hondo) y Misiones (Apóstoles, Eldorado, San Martín) cuyos flujos de expulsión demográfica engrosan los ya abultados cinturones urbanos de pobreza y miseria de las ciudades-cabecera e incluso algunas localidades riojanas, sanjuaninas, catamarqueñas y puntanas, progresivamente eclipsadas por la atracción que sobre ellas ejercen los regímenes de promoción industrial.

La pampa húmeda y, particularmente, la provincia de Buenos Aires, se erigen en testimonios de los nodos secundarios, en el que la demanda de la cada vez más escasa población estable de los poblados rurales hacia los centros urbanos lindantes más importantes, determina que la organización interna de los primeros pase a ser, cada vez más, comandada desde las ciudades regionales, tanto en el plano administrativo como en la esfera económica (Sili, 2003: 60 y 64).

Tal es, en apretada síntesis, la relación forjada entre, por un lado, el dinámico crecimiento de ciudades medias y pequeñas y por el otro, el vaciamiento del campo y de los espacios situados en los intersticios de la difusa frontera entre lo urbano y lo rural, en virtud del cual numerosos lugares nacidos en épocas pretéritas –y hoy devenidos irracionales a raíz de una producción obsoleta y una circulación ausente– sucumben, no sólo por resultar ajenos a la modernidad, sino más bien por ser despojados por ésta de aquellas condiciones de existencia necesarias para perpetuar los dinamismos y las inercias de un remoto pasado. Y como la génesis del proceso depende, de escalas y jerarquías superiores, y su desenvolvimiento obedece a un comando externo, el círculo vicioso derivado del deterioro y decadencia difícilmente pueda como afirma Sili (2003: 76-77) ser revertido a nivel local.

No obstante, en los últimos años se ha ensayado una respuesta paliativa a la desaparición de poblados rurales en Argentina: la llamada RESPONDE no sólo denuncia y estudia académicamente el fenómeno, sino que también propone y

desarrolla, junto a los propios habitantes afectados, estrategias para revertir el proceso, fomentando el espíritu emprendedor entre la población, capacitándola a partir de sistemas de voluntariado internacional, entre los que participan universidades y empresas, implementando programas de desarrollo turístico, restaurando y ampliando el equipamiento colectivo y realizando pruebas-piloto en pos del autoabastecimiento productivo y sobre todo, alimentario.

Se trata, pese a su origen externo, de fuerzas y nexos horizontales, de tentativas que procuran, a partir de múltiples resignificaciones del pasado local, resucitar a lugares condenados al letargo por los vectores de la verticalidad, ciegos para todo aquello que no redunde en el imperio de una única racionalidad hegemónica.

Conclusiones

Superar o, al menos, complementar y enriquecer los clásicos enfoques de abordaje de la urbanización argentina exige, como se planteó desde un comienzo, refugiarse en un sistema de ideas coherente respecto del paradigma actual en el que desenvuelve la geografía latinoamericana: la teoría de Milton Santos. Sólo así es posible, obstando el hecho de que el fenómeno urbano suele ser una cuestión de difícil demarcación, análisis e interpretación, indagar exhaustivamente acerca de los recientes cambios o metamorfosis operadas en el seno de la red urbana argentina, suscitadas a raíz de las transformaciones sociales, económicas

y políticas derivadas de la llegada al país del medio técnico-científico-informacional.

Las ciudades argentinas, como puntos de intersección entre verticalidades y horizontalidades, cuando son analizadas en sus aspectos formales, funcionales y jerárquicos o estructurales, permiten reconocer: puntos dinámicos y letárgicos, áreas luminosas y opacas, y espacios racionales e irracionales, todos ellos derivados de un mismo proceso de desarrollo desigual y combinado presente en todo el país, más allá de las clasificaciones y nomenclaturas del territorio.

Así es cómo el estudio de la formación y el desenvolvimiento histórico del sistema urbano nacional revela, al ser contrastado respecto de la situación actual y las tendencias más recientes esbozadas por la reproducción de la red, la continuidad de determinados rasgos esenciales:

- El ya secular perfil macrocefálico de la red a nivel nacional;
- Los nuevos bríos cobrados por el proceso de urbanización en general y –a pesar de las apariencias– el fenómeno de la metropolización en particular;
- La concentración demográfica y la superposición de vectores dinámicos en el conurbano bonaerense y la pampa húmeda;
- El gigantismo propio de los principales nodos de las redes urbanas provinciales, paralelo a la escasez de fermentos urbanos en los respectivos territorios provinciales; y,

- El incontestable poder de comando técnico y político detentado por la metrópoli nacional.

No obstante, existen algunas rupturas:

- a) La urbanización, en tanto proceso, ya no está tan íntimamente asociada a la industrialización como lo estuvo antaño, sino que por el contrario, existe una suerte de divorcio entre ambas instancias, lo cual fragmenta al espacio nacional conforme las diversas ciudades se adaptan al nuevo paradigma o permanecen aferradas a modelos más antiguos de organización espacial:
- b) La metropolización es a su vez atenuada por una desmetropolización que siembra en el territorio enjambres de ciudades propias de una urbanización concentrada –aglomeraciones intermedias– y sobre todo, aglomerada;
- c) Surgen nuevas familias de ciudades, a menudo enquistadas dentro de las formas-contenido preexistentes: aquellas, que manifestadas por el auge alcanzado por las urbanizaciones cerradas privadas, despuntan como genuinas funcionalizaciones del nuevo orden espacial propio de este período, son la cara diametralmente opuesta de otro proceso que recientemente ha empezado a inquietar a la geografía académica, el de la desaparición de poblados engendrados en el pasado.

Síntesis dialéctica del conjunto total de situaciones posibles, el nuevo mapa urbano de la sociedad y el territorio argentinos da cuenta, en principio, de la existencia de un espacio del mandar, configurado bajo la forma de una metrópoli nacional que actúa como epicentro del sesgo macrocefálico propio de la red urbana doméstica y como sede o plataforma territorial desde donde los agentes hegemónicos planifican sus movimientos de expansión y dispersión, de repliegue y concentración, deviene responsable por gran parte del comando técnico, y sobre todo político, del espacio nacional; y cómo, a partir de su disolución en el territorio a través de instancias económicas, políticas, ideológicas y simbólicas, y de su rol preponderante en cuanto a la estructuración de los sistemas de transporte, comunicación, información y finanzas, consigue reforzar su centripetismo, desplegando, vaya paradoja, fuerzas centrífugas que, objetivando en buena parte del país los vectores de la modernidad en curso, incorporan subordinadamente a nuevos puntos del territorio a su esquema de dominación.

Su papel es, empero, secundario en el concierto global, ejerciendo una suerte de regulación delegada, donde se confunden, imbrican y amalgaman, en un sistema compacto y monolítico, los propósitos externos y las racionalidades internas. Nodos secundarios de la red, las ciudades de Rosario, Córdoba y La Plata y, en menor medida, Mendoza, Tucumán y Mar del Plata, estructuran un mosaico de áreas luminosas de segundo grado, islas de modernidad donde se conjugan las tendencias de centripetismo y centrifugismo.

Sin aspirar a destronar a la metrópoli nacional, esas áreas incrementan el dominio ejercido por aquella, pues persiguen ciertamente, una racionalización del espacio, convirtiéndose en emisores de eventos que, destinados a propagar la lógica hegemónica en las escalas inmediatamente inferiores, no sólo refuerzan su propia centralidad, sino que también colaboran con la reproducción del espacio del mandar; se trata, pues, de eslabones estratégicos para el desenvolvimiento de la red urbana, pues empirizan una importante parcela del comando técnico de la red, donde los servicios, la agricultura de exportación, la fluidez de la circulación, las industrias dinámicas y los nodos del circuito financiero se dan cita junto a modernas formas de producción material e inmaterial.

Son ellas, por añadidura, campo fértil para la propagación de las urbanizaciones cerradas, fenómeno que debe ser entendido no sólo como un factor más de modernidad urbana, sino también como otra de las nuevas formas asumidas por la disolución de la metrópoli nacional en el territorio.

Oponiéndose y, al mismo tiempo, complementando ese proceso, la desmetropolización adquiere, bajo la forma de una urbanización concentrada, una importancia creciente; no obstante, alcanza una presencia realmente significativa sólo en la pampa húmeda, limitándose, en el resto del país, a un puñado de capitales provinciales y nodos secundarios que así, afianzan el perfil macrocefálico del fenómeno urbano, el cual ya no es apenas característico del sistema nacional en su conjunto, sino que se manifiesta con fuerza en las redes o sub-sistemas regionales.

Y esa hipótesis es a su vez corroborada por el desarrollo de una urbanización aglomerada que, una vez más, vuelve a privilegiar a la pampa húmeda, aunque funcionalizando de modo más masivo algunos de sus vectores en el norte argentino: Cuyo y la Patagonia. Son las ciudades incluidas en ambas categorías las que revelan una mayor tendencia a la fragmentación y a la desestructuración.

Sedes, por lo general, de una agricultura de exportación matizada con servicios financieros y algunas industrias asociadas, y en casos específicos, participando de la nueva división territorial del trabajo gracias a funciones como la minería, el petróleo, la pesca y el turismo, esas ciudades son objeto de una racionalización que, por un lado, decanta en la formación de áreas de luminosidad secundaria en la pampa húmeda y puntuales fragmentos del noroeste y la Patagonia, y por el otro, condena al letargo y al ostracismo al resto de las urbes medias y regionales, en virtud de que factores heredados del pasado, como las bajas densidades demográficas, la primacía de una población rural dotada de bajos ingresos, la pobreza estructural, la debilidad del tejido productivo, la escasez de formas urbanas o la inexistencia de funciones modernas, son asimismo consolidados y agudizados por las nuevas solidaridades organizacionales impuestas al país desde el exterior.

Se trata, en los puntos y áreas de mayor dinamismo relativo, de lugares alcanzados por la lógica propia de la urbanización corporativa, en los cuales se insertan *countries* y barrios cerrados en tanto vehículos de la racionalidad hegemónica

propia de este período técnico-científico-informacional. No obstante, la desaparición de pequeños poblados no reconoce compartimentaciones similares entre geografías luminosas y opacas, difundiéndose en todo el país; es, de hecho, en una de las áreas más modernas del país –la pampa húmeda– donde cunde con mayor ímpetu, lo cual explica el auge alcanzado por el fenómeno de la urbanización aglomerada.

BIBLIOGRAFÍA

- Azpiazu, D. (2003). *Las privatizaciones en la Argentina. Diagnóstico y propuestas para una mayor competitividad y equidad social*, Buenos Aires, Fundación OSDE / CIEPP.
- Bacigalupo, J.L. (1969). "Proceso de urbanización en Argentina". En Hardoy, J.E. y Tobar, C. (Comp.) *La urbanización en América Latina*, Buenos Aires, Editorial del Instituto, pp. 25-69.
- Banco Central de República Argentina (BCRA) (2006). *Estadísticas. Depósitos y préstamos por división político-administrativa (1990-2005)*, Buenos Aires, Banco Central de la República Argentina.
- Benedetti, A. (2001). "Redimensionamiento del sistema ferroviario y reorganización territorial en Argentina (1957, 1980 y 1998)", Salta, *III Encuentro Internacional Humboldt* (CD Rom).
- Blakely, E. y Snyder, M. (1997). *Fortress America: gated communities in the United States.*, Washington, D.C., Brookings Institution Press-Lincoln Institute of Land Policy.

- Borón, A. (1997). "La sociedad civil después del diluvio neoliberal" en Sader, E. y Gentili, P. (Comp.). *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*. UBA, Buenos Aires, pp. 45-87.
- Brandão, C. A. (2006). "Espaço, escala e economia metropolitanas: em busca de referenciais teóricos e analíticos", Bahía Blanca, *IX Seminario Internacional de la Red Iberoamericana de Investigadores sobre Globalización y Territorio* (CD Rom). UNS.
- Caldeira, Teresa. (2000). *City of Walls: crime, segregation and citizenship in São Paulo*, Los Ángeles, University of California Press, 2000.
- Carassai, S. (1995). "Un mercado que elige, un Estado que abdica, un crecimiento que posterga. La experiencia argentina de los años '90" en Bustos, P. (Ed.). *Más allá de la estabilidad*, Buenos Aires, Ediciones Fundación Elbert, pp. 209-237.
- Carballo, C. (2000). "Las nuevas urbanizaciones y la gestión del territorio en el sur del partido de Campana". In: *Mundo Urbano*, n. 3. <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- Carter, Harold (1972), Londres, *The study of urban geography*. Edward Arnold.
- Chevalier, J. y Carballo, Cr. (2005). "Los espacios cerrados residenciales: en busca del entre-sí; estudio comparativo entre el norte y el sur del continente americano", Bogotá, *Cuadernos de Geografía. Revista anual del Departamento de Geografía*, n. 14. Universidad Nacional de Colombia, pp. 5-14.
- Ciccolella, P. (2000). "Grandes inversiones y dinámicas metropolitanas: Buenos Aires ¿Ciudad global o ciudad dual del siglo XXI?"

- Mundo Urbano*, n. 5. <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- Dematteis, G. (1998). "Suburbanización y periurbanización. Ciudades anglosajonas y ciudades latinas" en Monclús, F. J. (Ed.). *Urbanismo, ciudad e historia (I). La ciudad dispersa. Suburbanización y nuevas periferias*, Barcelona, Centro de Cultura Contemporánea, pp. 17-33.
- Dos Santos, T. (1993). "Quelques idées sur le système monde", París, *Cahiers du GEMDEV*, n. 20, pp. 55-66.
- Duvignaud, Jean. (1977). *Lieux e non lieux*, París, Galiléé.
- Ferrer, A. (1976). *La economía argentina*, Buenos Aires-México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Finquelievich, S. (2001). "Ciudades en el espacio de las redes: Nuevas centralidades y periferias urbanas en la sociedad informacional", *Mundo Urbano*, n. 14. <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- Fossier, R. (1996). *La sociedad medieval*, Barcelona, Crítica.
- García, A. (2006). "Nuevas y viejas dinámicas en la estructura financiera", Buenos Aires, *Realidad Económica*, n. 220, IADE, pp. 9-22.
- George, P. (1976). "Discurso de clausura", *Coloquios Nacionales de Centre de la Recherche Scientifique*, Madrid, Instituto de Estudios de Administración Local, pp. 493-497.
- Gómez, S. (2005). "Calidad de vida y segregación socioespacial en el Gran Buenos Aires durante la década de los noventa. Nuevas compartimentaciones... ¿nuevas fragmentaciones" en Velázquez, G. A. y Gómez, S. (Comp.). *Desigualdad y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). Aportes empíricos y*

- metodológicos, Buenos Aires, UNCPBA-Signos-Grafikart, Tandil, pp. 281-318.
- _____. (2007). "Medio natural, medio técnico y medio técnico-científico-informacional. Una síntesis geográfica de las sucesiones y coexistencias de la división territorial del trabajo en Tierra del Fuego, Argentina". *Geocalli Cuadernos de Geografía*, a 8, n. 15, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, pp. 9-125.
- _____. (2009). "Redes y lugares: racionalización del sistema ferroviario y desaparición de poblados rurales en Argentina", Sao Paulo, *Revista Geografía*, n. 2, v. 38. AGETEO-UNESP, pp. 235-254.
- Gómez, S.; Velázquez, G. A. y Morina, J. O. (2005). "Reestructuración productiva, exportaciones provinciales y desempleo en la década de los noventa. El caso del Noroeste Argentino", Madrid, *Estudios Geográficos*, v. LXVI, n. 259. IEGyD, pp. 533-556.
- Harvey, D. (1990). *La condición de la posmodernidad. Una investigación acerca de los orígenes del cambio cultural*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Ianni, O. (1984). *La formación del Estado populista en América Latina.*, México, D.F., ERA.
- INDEC. (2003). *Censo Nacional 2001 de población, hogares y viviendas. Resultados definitivos, por provincias y departamentos*, Buenos Aires, Instituto Nacional de Estadística y Censos.

- Janoschka, M. (2003). "Nordelta-ciudad cerrada. El análisis de un nuevo estilo de vida en el Gran Buenos Aires", Barcelona, *Scripta Nova, Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, v. VII, n. 146 (121). <http://www.ub.edu/geocrit/nova.htm>.
- Lattes, A. (1994). "Redistribución espacial de la población, urbanización y migraciones en la Argentina desde 1945 hasta el presente" en García, E. (Coord.). *Las migraciones en Iberoamérica. II Jornadas de Estudios Geográficos Iberoamericanos*, Salamanca, Instituto de Iberoamérica y Portugal, pp. 243-257.
- Lattes, A. y Recchini de Lattes, Z. (1969). *Migraciones en la Argentina*, Buenos Aires, CICRED.
- Laurelli, E. y Rodman, A. (1992). "Políticas de integración sub-regional: escenarios socio-territoriales. Hipótesis de partida para el caso argentino", Santa Cruz de la Sierra, *Primer Encuentro Latinoamericano de Estudios Regionales*.
- Lucero, P. (2003). "Nuevos patrones de distribución de la población en Argentina al final del Siglo XX", Bahía Blanca, *Revista Universitaria de Geografía*, v. 12, n. 1 y 2. UNS, pp. 23-42.
- Manzanal, M. (2000). "Neoliberalismo y territorio en la Argentina de fin de siglo", Buenos Aires, *Economía, sociedad y territorio*, v. II, n. 7, pp. 433-458.
- _____. y Rofman, (1989). *Las economías regionales de la Argentina. Crisis y políticas de desarrollo*, Buenos Aires, CEUR-Centro Editor de América Latina.
- Morina, J. O. y Velázquez, G. Á. (1999). "Consecuencias socio-ambientales derivadas de la privatización petrolera en

- Neuquén", Sao Paulo, *Geografia*, n. 2, v. 24. AGETEO, pp. 5-21.
- _____ y Gómez, S. (2004). "Discurso neoliberal, modernización hegemónica y crisis social, el caso argentino (1976-2003). Una interpretación geográfica", Luján, *Anuario de la División Geografía 2004*, n. 4. UNLu, pp. 90-111.
- Neffa, J.C. (1998). *Modos de regulación, regímenes de acumulación y sus crisis en Argentina (1880-1996). Una contribución a su estudio desde la teoría de la regulación*, Buenos Aires, PIETTE-CONICET.
- Prévôt, M. F. (1996). "Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994", México, D.F., *Revista Mexicana de Sociología*, v. 59, n. 2. UNM, pp. 73-93.
- Quriroga, H. (1985). *Estado, crisis económica y poder militar (1880-1981)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- RESPONDE (2007). *Pueblos en riesgo, por región, provincia y departamento*, Buenos Aires, Recuperación Social de Poblados Nacionales que Desaparecen.
- Ríos, D. (2003). "La privatización de la planificación urbana y del manejo del riesgo de inundaciones en el municipio de Tigre, provincia de Buenos Aires, Argentina", Buenos Aires, *IV Seminario Internacional de Estudios Urbanos* (CD Rom). UNCPBA, Tandil.
- Robert, F. (2001). "La gran muralla. Aproximación al tema de los barrios cerrados en la Región Metropolitana de Buenos Aires", Buenos Aires, *Mundo Urbano*, n. 1. <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.

- Rodríguez, C. (2001). "Barrios cerrados: hacia el fin del boom", Buenos Aires, *Mundo Urbano*, n. 11. <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- Rofman, A. (1997). *Convertibilidad y desocupación. Análisis de una relación inseparable*. CEUR-UBA, Buenos Aires.
- Rofman, A. y Romero, L. (1997). *Sistema socioeconómico y estructura regional en la Argentina*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Roitman, S. (2001). "Transformaciones urbanas en los '90: los barrios cerrados del Área Metropolitana de Mendoza". *Mundo Urbano*, n. 13. <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- Rosanvallón, P. (1995). *La nueva cuestión social. Repensar el Estado Providencia*, Buenos Aires, Manantial.
- Santos, M. (1971). *Les villes du Tiers Monde*, París, Ed. Genin-Lib. Techniques.
- _____. (1979). *O espaço dividido. Os dois circuitos da economia urbana dos países subdesenvolvidos*, Sao Paulo, Coleção Ciências Sociais.
- _____. (1982). *Pensando o espaço do homem*, Sao Paulo, Hucitec.
- _____. (1990). *Metrópoli corporativa fragmentada, o caso do São Paulo.*, Sao Paulo, Nobel.
- _____. (1992). *Espaço e método.*, Sao Paulo, Nobel.
- _____. (1994). *Técnica espaço tempo. Globalização e meio técnico-científico-informacional.*, Sao Paulo, Hucitec, 94pp.
- _____. (1993). *La urbanização brasileira*, Sao Paulo, Hucitec.
- _____. (1996a). *A natureza do espaço. Técnica e tempo, razão e emoção*, Sao Paulo, Hucitec.

- _____ (1996b). *De la totalidad al lugar*. Barcelona, Oikos-Tau.
- _____ (2000). *Por uma outra globalização. Do pensamento único à consciência universal.*, Río de Janeiro-Sao Paulo, Record.
- Santos, M. y Silveira, M. L. (1998). "Más allá de las metáforas... Una geografía de la globalización". *Estudios Geográficos*, T. LVIV, n. 230, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, pp. 99-112.
- _____ (2001): *O Brasil. Território e sociedade no início do século XXI.*, Río de Janeiro-Sao Paulo, Record.
- Signorelli, A. (1998). *Antropología urbana*, Madrid, Anthropos.
- Sili, Marcelo. (2003). "Pueblo chico, infierno grande", Bahía Blanca, *Revista Universitaria de Geografía*, v. 12, n. 1 y 2. UNS, pp. 59-80.
- Silveira, M.L. (1997). "Concretude territorial, regulação e densidade normativa", Sao Paulo, *Experimental*, a I, n. 2. USP, pp. 35-45.
- _____ (1999). *Um país, uma região. Fim de século e modernidades na Argentina*, Sao Paulo, LABOPLAN-USP.
- _____ (2003). *Argentina: território y globalização.*, Sao Paulo, Brasiliense.
- Svampa, M. (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*, Buenos Aires, Biblos.
- Szajnborg, D. (2001). "Guetto de ricos en Buenos Aires. De la producción de la "ciudad de masas" al consumo de la "ciudad carcelaria". *Mundo Urbano*, n. 13, <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- _____ "Urbanizaciones cerradas en la Región Metropolitana de Buenos Aires. El caso de los partidos de Pilar y Tigre", Buenos Aires, AREA, FADyU-UBA, no. 9, agosto.

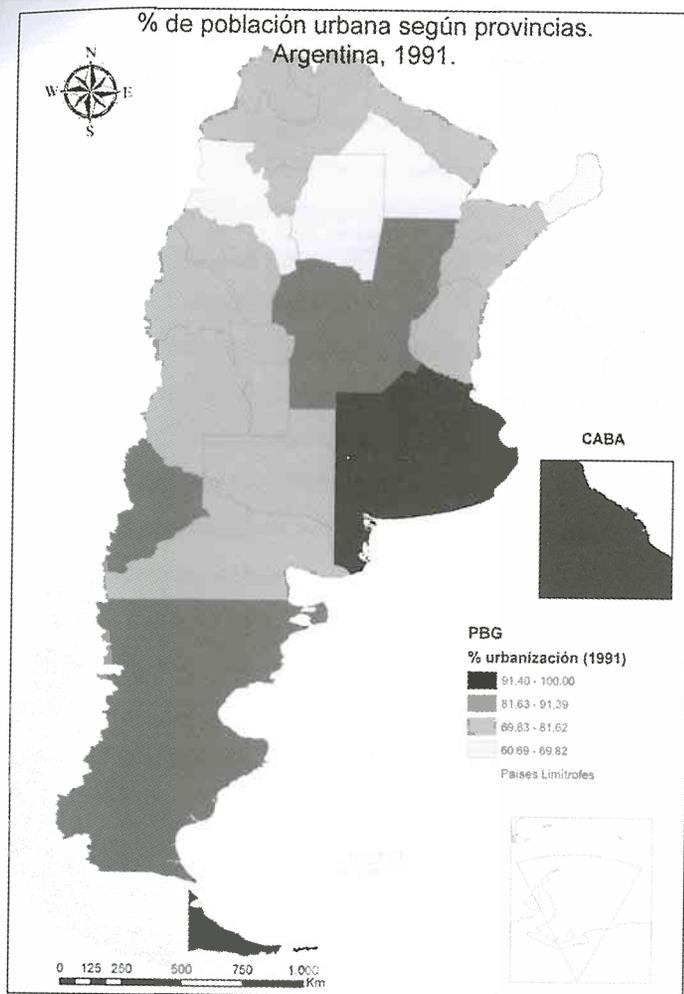
- Thuillier, G. (2005). "El impacto socio-espacial de las urbanizaciones cerradas: el caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires", Santiago de Chile, *Eure*, v. 31, n. 93, pp. 5-20.
- Thwaites, R. y Mabel y López, A. (2004). *Fuera de control. La regulación residual de los servicios privatizados*, Buenos Aires, Temas.
- Torres, H. (2000). "Procesos recientes de fragmentación socioespacial en Buenos Aires: la suburbanización de las élites". *Mundo Urbano*, n. 3, <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- URBANIZACIÓN (2006). *Urbanizaciones cerradas, barrios privados y countries, por localidades.* <http://www.urbanizacion.com>, Buenos Aires.
- Velázquez, G.A. (2001). *Geografía, calidad de vida y fragmentación en la Argentina de los noventa. Análisis regional y departamental utilizando SIG's*, Buenos Aires, UNCPBA, Tandil.
- _____ (2006). "Calidad de vida y escala urbana en la Argentina (2001)", Bahía Blanca, *Revista Universitaria de Geografía*, v. 15, n. 1. UNS, pp. 37-62.
- Velázquez, G.A. y Gómez, S. (2003). "Dinámica migratoria y desempleo en la Argentina (1991-2001)", Buenos Aires, *Estudios Socioterritoriales. Revista de Geografía*, IV, n. 4. UNCPBA, Tandil, pp. 209-234.
- Vidal-Koppmann, S. (2002). "Nuevas fronteras intraurbanas: de los barrios cerrados a los pueblos privados (Buenos Aires, Argentina)". En Cabrales, L.F. (Comp.) *Latinoamérica: países abiertos, ciudades cerradas*, Guadalajara, UNESCO-Universidad de Guadalajara, pp. 261-287.

- _____ (2003). "La producción de urbanizaciones cerradas y su relación con las ciudades intermedias vecinas. Estudio aplicado al partido de Pilar en la Región Metropolitana de Buenos Aires". *IV Seminario Internacional de Estudios Urbanos* (CD Rom), Buenos Aires, UNCPBA, Tandil.
- Walker, R. (1978). "Two sources of uneven development under advanced capitalism: spatial differentiation and capital mobility", New York, *The Review of Radical Political Economics*, n. 10, v. 3. Cornell University, pp. 28-37.
- Wortman, A. y Arizaga, C. (2000). "Buenos Aires está cambiando: entre los consumos culturales y los barrios cerrados". *Mundo Urbano*, n. 3. <http://mundourbano.unq.edu.ar/>, UNQ.
- Zúñiga, L. (2007). "Urbanizaciones cerradas: seguridad y segregación". *Ciudades, urbanismo y seguridad.*, Madrid, Observatorio de Seguridad del Ayuntamiento de Madrid, pp. 381-403.

Anexo cartográfico



Anexo cartográfico



Fuente: Elaboración propia con base en INDEC, 2003

INFORMACIÓN PARA LOS COLABORADORES

Los trabajos deben acompañarse de una solicitud por escrito dirigida a la Dirección Editorial de la revista y firmada por el autor (es), en la que se indicarán los siguientes datos:

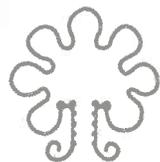
- Título del trabajo.
- Nombre, domicilio y correo electrónico.
- Nombre de la Institución donde labora.

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ORIGINALES

1. Los manuscritos deberán ser trabajos originales e inéditos y no deberán someterse para la publicación simultánea a otra revista.
2. *Extensión:* Los trabajos tendrán una extensión de entre 50 y 60 cuartillas, en tamaño carta, a doble espacio.
3. *Ilustraciones:* Los mapas, gráficas, tablas e imágenes, serán numerados según su orden de aparición y debidamente referenciados en el texto, señalando siempre su procedencia o fuente de referencia del autor. Es indispensable que las fotografías y recursos cartográficos sean de buena resolución. Las tablas y gráficas deberán realizarse en Excel y anexarlas en archivo independiente. El número de mapas, gráficas, tablas e imágenes no deberá ser mayor de 10 y serán entregados en formato media carta. Por cuestiones técnicas, la Editorial se reserva el derecho de seleccionar la cantidad de ilustraciones.

4. Monedas y Medidas. En caso de manejarse en el texto tablas, cuadros o gráficas, cifras monetarias diferentes al peso mexicano, éstas deberán presentarse en su equivalente en dólares americanos. Las medidas (de peso, longitud, capacidad, etc.) deberán expresarse en el sistema métrico decimal.
5. *Autores*: Bajo el título general se colocará el nombre del o los autores, incluyendo a pie de página la profesión o cargo principal con el que desean ser presentados.
6. *Resumen*: Todos los trabajos deberán incluir un resumen no mayor de 10 líneas sobre el objetivo, método y conclusiones del trabajo, así como las palabras clave dentro del desarrollo del tema.
7. *Notas de pie de página*: Deberán ser numeradas con notación progresiva.
8. *Bibliografía*: Las referencias citadas en el texto deberán presentarse en el formato APA .
9. *Abreviaturas*: Se incluirá un listado de las abreviaturas y su significado, ubicándolo después de la bibliografía consultada.
10. *Datos académicos*: En hoja aparte, deberá incluirse una breve referencia sobre el o los autores, con extensión máxima de 10 líneas, respecto a su formación académica, experiencia profesional más destacada, actual posición laboral, y en su caso, principales publicaciones.
11. El Consejo Editorial de GEOCALLI, Cuadernos de Geografía decidirá la pertinencia de publicar los originales que se le presenten, atendiendo a las características formales y

- calidad del contenido. A la brevedad posible se remitirá el dictamen avalado por el Comité Editorial.
12. El trabajo deberá entregarse en CD y el archivo de texto en Word. Además se anexarán dos impresiones que cumplan con los requisitos ya señalados.



Números anteriores de
GEOCALLI, Cuadernos de Geografía

1. Políticas urbanas en Ciudad Guzmán
2. Análisis territorial de Tonalá
3. Las regiones geomorfológicas del estado de Jalisco
4. Regiones y globalización
5. Paisaje, instrumento de gestión
6. Región y método
7. Límites municipales en Jalisco
8. Morfología urbana y propiedad inmobiliaria
9. Gestión turística en centros históricos
10. Usos y funciones en centros históricos
11. Cartografía del turismo
12. Mapa social de Guadalajara
13. Geografía y ordenamiento territorial
14. Desarrollo territorial y paisaje
15. Evolución regional de Tierra del Fuego
16. Amenazas por agrietamiento en el Valle de Tesistán
17. El ecoturismo y su conceptualización
18. Diferenciación del bienestar en Argentina
19. Cartografía histórica
20. La Geografía de Carl Sauer

Visítanos en la página: www.publicaciones.cucsh.udg.mx

- 21- 22 - 23. Denominación de Origen del Café y Desarrollo Regional
24. Análisis diacrónico del paisaje: Presa Zimapán
25. Tsunamis en Jalisco

El número 26 de **GEOCALLI** Cuadernos
de Geografía, se terminó de imprimir el
28 de diciembre de 2012 en los talleres
de Prometeo Editores S.A. de C.V.
Libertad 1457, Col. Americana C.P. 44160,
Guadalajara, Jalisco. Tiraje: 500 ejemplares.
Diagramación en Prometeo Editores por: Luis
Alberto Partida de la Cruz. Corrección: Raúl
Ramírez García.